

CIUDAD

LETRADA

(Ciudad
de Lima y otras
provincias S/. 2.00)

Revista mensual de literatura y arte

S/. 1.00

Director: Manuel J. Baquerizo

Huancayo, 01 de junio del año 2001

N° 008

El mimo más famoso del Perú

Luis Nieto Degregori

1
Un suceso que marcó para siempre mi vida fue el viaje que hice a Lima a los siete años desde la pequeña ciudad de la sierra donde vivía con mi madre. Por el inusual nerviosismo que se apoderó de ella cuando se acercaba el día de nuestra partida, yo intuía que algo podía frustrar esas vacaciones con tanta anticipación planeadas, pero era incapaz de determinar qué y tampoco me atrevía a preguntar. Por eso, cuando mamá me mostró los pasajes para el autobús, me apoderé de esos papelitos y los estuve mirando embelesado cual si fueran un par de esas mariposas anaranjadas que a veces se posaban en los geranios de nuestro jardín.

Lima no me defraudó. Era todavía una ciudad amable que para un niño provinciano encerraba infinidad de sorpresas: edificios de muchos pisos, un paso a desnivel en una de sus avenidas, una altísima antena de televisión, escaleras mecánicas en algunos de sus grandes almacenes y, sobre todo, la playa. Mi primer encuentro con el mar no fue, sin embargo, muy amistoso. Mamá, despertándose, me señaló su inmensidad por la ventanilla del autobús y me dijo que en un rato más pararíamos a desayunar. Cuando el vehículo por fin se detuvo, yo corrí hasta la orilla y frené en seco al ver que el agua que tan lánguidamente llegaba hasta mis pies, al regresar se arremolinaba y engullía súbitamente gran cantidad de arena. Mamá, que apareció a mi lado, me tranquilizó diciéndome que había playas como ésa, donde el mar era bravo y traicionero, y otras, a las que iríamos, donde era manso y no inundaba miedo.



«El baile de las Jarjareas», óleo, 1.50 x 0.70

Quizás por lo atolondrado y contento que estaba con tanta novedad no hice mucho caso de lo distraída que a veces se mostraba mamá o de la forma como se quedaba mirándome, cual si me tuviera pena. Mucho debió de costarle dar ese último paso y cuando finalmente se atrevió, seguramente seguían sien-

do más sus dudas que sus certezas.

Esa mañana me vistió y arregló con tal esmero que no pude reconocer al niño que me miraba desde el espejo. Para no sentirme tan raro, deshice ese peinado relamido que no me gustaba y me desabotoné con trabajo el cuello de la camisa. Fue mala idea. Mamá se puso furio-

sa, me jaloneó y volvió a pasarme el peine haciéndome doler. Salimos carriacontecidos de la casa donde estábamos alojados e hicimos el trayecto hasta el centro de la ciudad sin cambiar palabra. Yo pegué la frente a la ventanilla del colectivo pero en realidad no veía nada, y mamá seguía preocupada por su apariencia, arreglándose una media o mirándose nerviosa en su espejito de cartera.

Bajamos del auto en una esquina de la Plaza San Martín y, por alguna razón que ignoraba, mamá se quedó clavada en el sitio, mirando a un grupo de gente que había junto al monumento. Hacia allí finalmente nos dirigimos, caminando tan despacio que me daba tiempo de mirar los edificios, algunos de ellos coronados con llamativos avisos. Cuando estábamos a pocos pasos del círculo que formaban esas personas, nos detuvimos y descubrí, por la explosión de carcajadas que llegó de pronto a mis oídos, que era un payaso el que las había congregado.

Me liberé de inmediato de la mano de mamá y corrí a ocupar el primer claro que encontré. El payaso, luego lo supe, no era tal sino un mimo. Tenía la cara pintada de blanco, un polo a rayas y un pantalón negro muy suelto sujeto con tirantes. Desde el instante mismo en que lo vi caminar sonriente, haciendo adiós a sus conocidos, pero sin avanzar en realidad ni un solo centímetro, quedé cautivado, ajeno totalmente a lo que ocurría a mi alrededor, como si el universo todo hubiera desaparecido y sólo quedáramos el mimo y yo, él jugando a crear un mundo de la nada y yo asistiendo asombrado, conmovido, divertido, al misterio de la creación.

El encanto se quebró cuando, después de agradecer con una venia los aplausos, el mimo habló por primera vez para explicar que era un artista de la calle que vivía del apoyo que le brindaba el pueblo. Recién entonces, asustado, volví la cabeza para cerciorarme de que no estaba solo. El mimo, entre tanto, recogía en su sombrero el dinero que el público le alcanzaba. Yo también quise dar mi parte y miré suplicante a mamá. Ella entendió lo que le pedía y buscó en su cartera. Cuando el mimo recibió la moneda que yo le extendía, me saludó jovialmente por mi nombre, dejándome emocionado y perplejo.

Mamá me tomó de la mano, yo creí que para que siguiéramos nuestro camino, pero en lugar de ello se acercó al mimo. El dejó en el suelo su sombrero lleno de dinero y nos recibió con una sonrisa.

-Es él -le dijo mamá mirándome.

-Ya lo sé -respondió el mimo y, cuando se cansó de estudiarme, me preguntó si sabía quién era.

-Un payaso», hubiera podido responderle, pero me quedé mudo pues por el ligero temblor de la mano de mamá y por su extraño comportamiento de las últimas semanas yo ya había adivinado que ese hombre era papá, el papá por el que yo no me cansaba de preguntar y del que mamá hablaba de mala gana. «Es un artista -me explicaba apenas-. Está trabajando muy lejos y por eso no puede venir a verte».

-Es tu papá, hijito. Salúdalo -intervino mamá.

-Hola... -dije, pero no volví a abrir la boca hasta que quedamos de nuevo solos mamá y yo, varias horas después. Todo ese tiempo tuve la palabra «papá» atorada en la garganta, asfixiándome y causándome un indecible padecimiento.

2

El viaje a Lima fue mi tema de conversación durante meses, pero a nadie le conté que había conocido a papá. La foto que nos tomamos los tres -él, mamá y yo- delante del monumento a San Martín la guardé en mi escondite secreto, junto con mi trompo y mis «pelis». Podía pasarme horas mirando esos trocitos de celuloide, tratando inútilmente de adivinar el destino de las personas que habían quedado allí congeladas, cual si fueran víctimas de algún hechizo. También pasaba mucho tiempo mirando la foto de papá, preguntándole todo lo que no me atreví a preguntarle ese día en Lima y contándole todo lo que quería que supiera sobre mí.

Mamá, antes tan reacia a hablar de él, me repetía a menudo que papá había insistido en que fuera a estudiar a Lima al acabar el colegio, en que él me ayudaría. «No creas que es como cualquier artista callejero. Es el mimo más famoso del Perú», me decía, no sé si para que creyese que papá estaba en condiciones de apoyarme o simplemente para que me sintiese orgulloso de él. Algunas veces, incluso, me traía periódicos o revistas en los que aparecía con su polito a rayas, su holgado pantalón negro y su rostro pintado de blanco. Yo recortaba cuidadosamente esos artículos y los pegaba en un cuaderno de dibujo de esos que tenían, alternadamente, una hoja de papel grueso y la otra de papel calca. De tanto leer esos recortes, me sabía casi de memoria lo que decían sobre papá: que era sin duda el Marcel Marceau peruano, que se había vuelto un personaje característico de la Plaza San Martín, que paseaba su arte por todas las ciudades del país. Este álbum, ni qué decir, también lo guardaba en mi escondite secreto.

Con el tiempo, sin embargo, mamá fue perdiendo su entusiasmo y dejó de mencionar a papá. Era comprensible. Pese a los intentos que ella hacía para comunicarse, él mantenía silencio, un silencio

excesivo hasta para un mimo. «Igual te irás a estudiar a Lima, aunque tenga que lavar ropa para mandarte tu pensión», me decía. Mamá era profesora de un colegio de mujeres de nuestra pequeña ciudad y en realidad nunca lavaba la ropa. De eso se encargaba Agripina, la lavandera que venía los sábados por la tarde, siempre con una huahua con la nariz llena de mocos en la espalda. Si algo me asombraba, era la destreza con la que ella levantaba a la huahua en su mantón doblado en triángulo y se la colocaba a la espalda sin dejarla caer al suelo. Yo por si acaso me paraba detrás de Agripina, pero mi intervención nunca fue necesaria.

El último año de colegio fue difícil para mí, no por los estudios, en los que seguía sacando las mejores notas, sino por mamá, empeñada siempre en mandarme a Lima cuando muy bien podía estudiar en la universidad de la capital departamental, como harían todos mis amigos. «No nos va a alcanzar la plata. ¿Para qué me voy a ir tan lejos?», le insistía yo, pero en realidad lo que me preocupaba y apenaba era dejarla sola. «Este asunto no está en discusión. Te vas a Lima y punto», se hacía la fuerte mamá, pero yo sabía, por lo que veían mis ojos y por lo que me comentaban sus amigas, que estaba triste. El día de la clausura, cuando me dieron el premio al mejor alumno, me lo confesó:

-Me da pena que te vayas, pero tú eres un buen chico y te mereces lo mejor.

Lima en esa segunda ocasión me recibió con la indiferencia de una urbe que estaba creciendo a ritmo vertiginoso y que se empezaba a cansar de la incesante afluencia de provincianos. El único remedio para la nostalgia que sentía por mi pequeña y apacible ciudad eran los estudios, a los que dedicaba casi todo mi tiempo, incluso el que otros muchachos de mi edad pasaban divirtiéndose con amigos y amigas.

-¿Has visto a tu papá? -me preguntó mamá cuando regresé a casa de vacaciones.

-¡El mimo más famoso del Perú...! No, no lo he visto -le respondí y le pareció bien.

-Si él se ha desentendido de ti, haz tú lo mismo -me aconsejó.

Papá seguía trabajando en la Plaza San Martín, por las mañanas a golpe de mediodía y en las tardes a eso de las cinco. Varias veces lo vi de lejos, desde los portales, pero no me atreví a acercarme. No por lo que decía mamá. Simplemente tenía miedo de que no me reconociera y no sabía cómo actuar en esa probable circunstancia.

Mi habitación la encontré tal cual la había dejado. En mi escondite secreto ya no habían ni trompo ni «pelis», pero seguían allí la fotografía que nos tomamos en la plaza San Martín y el álbum con los artículos sobre papá. Para conseguir los últimos, de años recientes, me había visto obligado a mutilar a escondidas los periódicos y revistas que leía asiduamente en la biblioteca municipal de nuestra ciudad. Papá, siempre con su polito a rayas y su pantalón negro sujetado con tirantes, me miraba sonriente y me decía que qué hacía en Lima tan solo, que no fuera zozco, que lo buscara, que para eso estaba él, para que seamos amigos.

Eso hice. Regresé unos días antes de lo necesario a Lima y, armándome de valor, fui a ver a papá, que como siempre estaba rodeado de un cerrado círculo de espectadores. Cuando me extendió su sombrero, puse allí esa fotografía en blanco y negro en la que estaba yo, con un peinado relamido y cara de susto, entre él y mamá. Cogió ese trozo de papel amarillado por los años y con los bordes gastados, lo estudió durante unos instantes que a mí me parecieron siglos y me dijo en voz baja y sonriendo: «Espérame, no te vayas».

-¡Esto tenemos que celebrarlo! -fueron las primeras palabras que me dirigió. Fui respondiendo a las preguntas que me hacía mientras se desmaquillaba y arreglaba sus cosas y después, cuando esperábamos que nos atendieran en un restaurante de los portales que me pareció muy lujoso, le mostré el álbum con los recortes.

-Los primeros me los dio mamá -le expliqué-. Después de que nos encontramos aquí, en Lima, siempre me decía que eres el mimo más famoso del Perú.

-Tú madre es una mujer maravillosa. No se merecía la penitencia de estar casada con un artista -me dijo.

Desde ese día nos hicimos amigos. Algunas tardes, cuando tenía un respiro en la universidad, corría a la Plaza San Martín y ayudaba a papá a pasar el sombrero. Luego separábamos a un lado los billetes para «la dueña», como él llamaba a su esposa, y con las monedas de a sol y una cantidad apreciable de calderilla nos íbamos al Palermo, un bar frecuentado por artistas a una cuadra de la plaza, en la Coímena.

Papá empezaba a saludarse con todo el mundo desde la puerta y si se encontraba con alguien que todavía no me conocía, me presentaba por mi nombre. Es algo en lo que estuvimos de acuerdo desde un comienzo, llamarnos mutuamente por nuestros nombres. «¿Qué padre puedo ser para ti? -me explicó sus razones-. Padre es el que se preocupa de sus hijos, como yo me preocupo de mis dos forajidos. Para ti puedo ser sólo un amigo, un buen amigo». Decirle «papá» me parecía a mí también forzado. Era una palabra que, con él delante, se me seguía atorando en la garganta.

Nos sentábamos siempre a la misma mesa y ordenábamos algo de comer mientras iban cayendo los amigos más cercanos de papá, escritores la mayoría, pero también algunos actores y un director de cine. Eran casi todas personas conocidas, cuyos nombres aparecían a menudo en las páginas de los periódicos. Tenía cada uno su manera de ser, pero todos en común la pasión por la buena conversación, arte en el que eran brillantes. Hablaban sobre todo de literatura, sobre su propio trabajo y el de los colegas, y eran categóricos en sus juicios; se embarcaban en ruidosos debates sobre el compromiso del artista y sobre si había que colaborar o no con el gobierno revolucionario del general Velasco; relataban sabrosas anécdotas que pintaban a sus protagonistas de cuerpo entero y hacían comentarios generosos o lapidarios según el santo fuese o no de su devoción.

Las horas que pasaba escuchándolos eran para mí, un joven provinciano y reservado cuyos únicos amigos eran los libros que ellos mismos me prestaban, los momentos más gratificantes en un período de mi vida en el que eran muchas las cosas a las que debía renunciar. Con el tiempo, cuando casi no me quedaba tarde libre absorbido como estaba por las clases en la facultad y los trabajos que conseguía para no tener que pedirle a mamá que aumentara mi remesa mensual, me presentaba en el Palermo los viernes y sábados a eso de las ocho de la noche y ocupaba un lugar en la mesa de papá, estuviera él o no. «Llegó el agrónomo», decían sus amigos y me hacían un espacio.

Mamá nunca supo nada sobre mis incursiones en la bohemia limeña, sobre las noches que pasaba fumando y tomando un café tras otro o incluso algunos vasos de cerveza, escuchando entusiasmado discusiones sobre las razones del suicidio de Arguedas a propósito de la publicación de sus diarios o sobre los manifestos de tal o cual grupo literario. Para ella yo era sólo el dedicado estudiante que llegaba a casa una vez al año, invariablemente con buenas noticias sobre su des-

empeño en la universidad. Ni siquiera me preguntaba ya por papá, dando por sentado que él había dejado de existir para mí como hacía años que había dejado de existir para ella.

A veces me preguntaba si no estaba mal guardar en secreto mi amistad con papá, como hacía de muchacho con el álbum de recortes, pero, después de darle vueltas al asunto, llegaba a la conclusión de que era mejor así. Si ni yo mismo entendía las razones últimas por las que me había acercado al padre que nunca se interesó en mí, menos las iba a entender mamá. Más aún, quizás ella se sintiera traicionada y dolida al enterarse de la facilidad con la que yo le había perdonado a papá el que no cumpliera con su ofrecimiento de ayudarme para que estudié en Lima.

Así era él, impulsivo, igual de generoso que de irresponsable, incapaz de pensar en las consecuencias de sus actos y en el día de mañana, y ese rasgo de su carácter, ese afán por sacarle el jugo al momento, esa despreocupación con la que vivía su vida, en lugar de repelerme me atraían. Me hubiera gustado ser como él que, cuando se entusiasmaba con algo, una conversación, por ejemplo, se olvidaba de todas sus obligaciones y compromisos: de que el dinero que estaba gastando era la comida del día siguiente de su esposa y sus dos hijos, de que unas horas antes había quedado en encontrarse en otro bar con otros amigos, de que el dueño del local hacía rato que había cerrado la puerta y los mozos ya estaban barriendo y poniendo las sillas sobre las mesas.

Yo al comienzo sufría y quería convertirme en la voz de su conciencia, recordándole al oído sus citas o insistiéndole para que no gastara el dinero que había separado para llevar a casa, pero después me di cuenta de que mis esfuerzos eran inútiles y mi preocupación pueril. Así había sido él siempre y eso no había alejado a las personas de su lado ni había roto su familia. Al contrario, su presencia era siempre saludada con muestras de efusión y, según lo que decían sus amigos, su «dueña» sabía comprenderlo mejor que nadie. «Detrás de cada gran artista hay una gran mujer», sentenciaban.

Deseos de conocer a la esposa de papá no me faltaban, pero como él nunca me invitó a su casa ni yo me atreví a pedirle que lo hiciera, me contentaba con tratar de imaginar cómo era ella, si delicada, fina e inalcanzable como algunas de esas mujeres que se paseaban por los barrios elegantes de Lima o sencilla y asequible como mamá. No sé por qué, finalmente, decidí que la esposa de papá no podía ser una mujer común y corriente, por más ama de casa que fuese y por más privaciones que pasara. Quizás era una muchacha de buena familia que había renunciado por amor a una vida cómoda pero aburrida. Quizás eso mismo explicara el porqué se mantenía al margen del ambiente bohemio en el que se movía papá durante la mayor parte del tiempo.

El del Palermo era en general un mundo casi enteramente masculino, en el que la presencia de las mujeres se limitaba a la evocación que se hacía de ellas en las conversaciones, sea para enaltecerlas en su papel de abnegadas esposas y madres o para denigrarlas en el de seductoras pero pérfidas amantes. La inusual aparición de alguna mujer de carne y hueso hacía que esos hombres ya maduros empezaran a comportarse como niños disforzados que quieren llamar a toda costa la atención. Por eso yo veía con malos ojos a las damiselas que de allá en cuando se sentaban a la mesa de papá y empezaban a coquetear a diestra y siniestra y a reírse sin ton ni son. Sólo Jacqueline, una francesa que apareció un buen día de la mano del director de cine, me causó muy buena impresión desde el principio.

Era una mujer hermosa, pero, a diferencia de otras, que todo el tiempo trataban de sacar partido a sus encantos femeninos, Jacqueline parecía avergonzarse de su belleza y la escondía debajo de unas chompas sueltas y unas faldas largas de tiempos de su abuela. En cambio, lo que no se guardaba eran sus opiniones, que defendía apasionadamente, como si en ello se le fuera la vida. Con particular entusiasmo hablaba sobre las jornadas de mayo del 68 y en general sobre la bohemia parisina. Escuchándola, unos, los que tenían la suerte de conocer París, recordaban esa etapa de sus vidas y otros, como papá, se contentaban con acribillarla a preguntas o con soñar en voz alta con conocer la Ciudad Luz. «Tengo que viajar -se lamentaba papá-. No he salido nunca del Perú».

Jacqueline fue la primera mujer de la que me enamoré de verdad. Creo que todos en esa mesa estábamos más o menos enamorados de ella, pero el que tuvo la suerte de conquistarla fue papá. Yo nunca me di cuenta de nada, quizás porque, a pesar de que el deseo de verla me atormentaba, seguían siendo muy esporádicas mis escapadas al Palermo, o quizás porque cuando la tenía a ella delante me volvía ciego para otra cosa que no fuera el brillo de sus ojos y sordo para todo sonido que no fuera el de su cálida voz. La verdad, me conformaba con eso, con mirarla a hurtadillas y con imaginar infinidad de variantes de una misma historia: la de Jacqueline cayendo víctima de un súbito amor por mí al descubrir que mi silencio era sólo una compuerta que una vez abierta dejaba fluir torrentes de originales ideas y de juicios atinados sobre los asuntos más diversos.

Intempestiva y violenta debió de ser la pasión que nació entre papá y ella pues se fueron a París de un momento a otro. Cuando me lo contaron en el Palermo yo no lo podía creer. «¿A París? Será una broma. Habrán viajado a Machu Picchu por unos días», seguía yo incrédulo. «¡A París! -me repetían-, ¡a París! Nosotros los hemos acompañado al aeropuerto.»

Demoré muchos días en comprender por qué, en lugar de festejar el espíritu aventurero de papá como hacían sus amigos, tuve que hacer esfuerzos para tragarme las lágrimas. Me sentía dolido. Jacqueline no tenía nada que ver en lo que me pasaba. Siempre la vi como a un maravilloso espejismo, irreal, efímero, y jamás pensé que ella se tomaría el trabajo de despedirse de mí antes de volver a su tierra. Más aún, su presencia en realidad me hacía sufrir más que su ausencia. Con quien estaba resentido era con papá. No como hijo. Como amigo. Por más rápido que todo hubiese ocurrido, pudo dejarme siquiera unas líneas de despedida o hacer el intento de buscarme. Yo vivía lejos, pero no en el fin del mundo. En un taxi, en media hora hubiera llegado a la habitación que alquilaba cerca de la universidad.

La siguiente vez que me dirigía al Palermo creyendo que ya había puesto en orden mis sentimientos, vi que en la plaza, en el mismo sitio en el que trabajaba papá, había un círculo de gente. La curiosidad hizo que me acercara. Al ver a un grupo de mimos -un adulto y dos niños- vestidos con polos a rayas y pantalones negros, pensé, molesto, que seguramente eran artistas improvisados que querían beneficiarse con la fama ajena. Un comentario que llegó a mis oídos hizo, sin embargo, que dirigiera la vista a un cartel que el mimo adulto, dando la vuelta al círculo, mostraba al público. «El famoso mimo XX ha abandonado a su familia. Lo único que nos ha dejado es su arte. Colaboren, por favor, con nosotros», rezaba el cartel. Durante un buen rato no pude apartar los ojos de esa mujer y esos niños y después, en lugar de continuar mi camino

al Palermo, bar que por cierto jamás volví a pisar, regresé en un taxi a casa e hice añicos la foto que tenía sobre la mesa de noche, la de papá, mamá y yo delante del monumento a San Martín.

3
Visitar París nunca estuvo en mis planes, pero empecé a cambiar de opinión cuando me enteré que desde Ginebra, donde me encontraba por unos meses siguiendo un curso de especialización, en cuestión de horas podía trasladarme a esa ciudad que tanto atraía a los artistas. El único problema era la visa para ingresar a Francia, que debí haber solicitado en Perú, pero los amigos que me instaban a acompañarlos en una escapada de fin de semana me juraban y perjuraban que en ciertos trenes y en ciertos horarios nadie controlaba los pasaportes.

La tentación era grande y terminé mordiendo la manzana. Junto con dos

cuentaba el Palermo o quizás desde antes, cuando leí en algún sitio sobre artistas que empezaban su camino en las calles o los bistrotts parisinos y que luego conocían la gloria. Lamenté por lo mismo no haber planeado de otra manera ese mi primer viaje a Europa, pero me consolé pensando que tenía todavía muchos fines de semana para volver a esa ciudad que en pocas horas me había cautivado, haciendo renacer en mí la asombrosa capacidad de maravillarse con el paisaje de la gran urbe que tenía el niño de siete años que alguna vez fui.

Esta primera impresión no fue engañosa, no fue producto de un pasajero estado de ánimo o de la magia de un atardecer de otoño. Volví a sentir lo mismo las siguientes veces que me escapé a París, siempre para perderme, peatón impenitente, en cualquiera de sus rincones. Los sábados por la noche, sin embargo, los pasaba recorriendo las animadas calles del



«Autorretrato», óleo, 1.50 x 1.00 ms.

compatriotas que llevaban años viviendo ilegalmente en Suiza, nos embarcamos en un tren el viernes por la noche y el sábado a primera hora de la mañana ya estábamos caminando por las calles de un París otoñal bañado por una suave luz dorada que acentuaba aún más la amarillez del follaje de los árboles. Lo único que hice durante esos dos días, después de citarme con mis amigos para regresar juntos a Ginebra el domingo por la noche, fue caminar sin prisa por un solo sector de la ciudad, el de la Isla de la Cité, el Barrio Latino y Beaubourg. El atardecer del sábado me sorprendió a espaldas de Notre Dame, contemplando absorto, a orillas de ese brazo del Sena que separa las islas de la Cité y de Saint Louis, el aspecto que ofrecía esta última a la luz del crepúsculo.

En ese momento comprendí que, sin saberlo o sin querer admitirlo, hacía tiempo que estaba enamorado de París, por lo menos desde la época en que fre-

Barrio Latino, hasta que por fin ocurrió lo que yo presentía que iba a ocurrir.

En el Boulevard Saint Germain, cerca de la iglesia, me encontré con un mimo rodeado de numeroso público. «¿Será?», pensé sin atreverme todavía a despejar la incógnita. Deseaba mucho que fuera él, pero no tenía nada claro lo que esperaba de ese encuentro. Habían pasado más de diez años desde la última vez que lo vi y tres desde que mamá tuvo el coma diabético que me dejó solo en el mundo. ¿Qué me empujaba a buscarlo? ¿Simplemente saber qué era de su vida y hablarle de la mía? ¿Quería reprocharle lo que me hizo y lo que le hizo a su familia o, por el contrario, decirle o hacerle sentir que no le guardaba rencor? ¿O me impulsaba el deseo infantil de vanagloriarme de lo bien colocado que estaba? No lo sabía y, no obstante, allí estaba, rogando que fuera él.

El mimo vestía polo a rayas y un pantalón negro muy suelto sujetado con

unos tirantes, pero eso no significaba nada. Tuve que estudiar su rostro durante varios minutos para cerciorarme de que era él, mejor mimo que antes, dueño de un lenguaje que no tenía las limitaciones que tienen las palabras, distintas en diferentes idiomas y a veces insuficientes incluso en el materno para que dos personas puedan llenar los silencios que las separan. «Quizás es su arte el que me atrajo y sigue atrayéndome hasta ahora -pensé viéndolo trabajar-. Quizás el padre me hizo siempre poca falta.»

Estaba aplaudiendo junto con la demás gente, sin saber si él me había reconocido, cuando se acercó a mí y me dijo en voz baja: «¿Qué esperas? Ayúdame a pasar el sombrero». Fue lo que hice, como en Lima, en la Plaza San Martín, en mis años de joven estudiante perdido en la gran ciudad. Cuando terminé de dar la vuelta al círculo, él ya se había echado a la espalda su pequeña mochila y vino hacia mí con los brazos extendidos.

«¡Esto tenemos que celebrarlo! -me dijo al tiempo que nos dábamos un fuerte abrazo.»

«Claro -asentí-. Vayamos a comer algo y a brindar con un buen vino.»

«¿Vino? No, esto tenemos que festejarlo a lo grande, de una manera especial. ¡Sígueme!»

«No te vas a quitar el maquillaje? -me asombré.»

«No me entiendes -dijo-. Esta noche no somos dos vulgares peruanos que pasean por París. Somos los dueños de esta ciudad y haremos lo que nos dé la gana.»

«Con tal de que no bagas locuras! -le advertí-. No tengo visa. Estoy viviendo en Ginebra y he venido a París sólo por el fin de semana.»

«No necesitamos visa, ni pasaporte, ni permiso de nadie para hacer lo que queramos! -insistió-. ¡Sígueme! ¡Este encuentro tenemos que celebrarlo!»

Caminaba tan rápido que a ratos yo debía correr para no quedar rezagado. No aminoraba el paso ni para cruzar las calles, como si París fuera una pequeña ciudad de la sierra peruana en la que los automóviles eran contados. Mientras tanto, me iba comentando que nos dirigiáramos a un café en el que Vallejo escribía sus poemas y que ahora se había convertido en un restaurante lujoso, vedado para los artistas. Distráido con este relato, no me di cuenta en qué momento nos metimos en la mitad de un torrente de autos que tuvieron que frenar en seco para no atropellarnos. Papá, como si los faros de los coches fueran los reflectores de un escenario, improvisó una pequeña función en mitad de la pista, indiferente a los bocinazos de los airados conductores. El escándalo atrajo a un policía que, deteniendo el tránsito en todos los carriles de esa gran avenida, nos obligó a cruzar a la otra acera. Yo ya me estaba despidiendo mentalmente de mi curso en Ginebra y de mi trabajo en un organismo internacional en Lima, pero el policía, al ver el gesto de arrepentimiento que papá dibujaba en su rostro, se contentó con amenazarnos con su bastón.

Fue el comienzo de una noche que viví como en sueños. En un puesto de flores cercano al café de Vallejo, papá, siempre por señas, compró un enorme ramo de claveles. Regaló algunos a los transeúntes que se cruzaban en nuestro camino y con el resto entró en el restaurante, invitándome a pasar con una venia hasta el suelo. Su súbita aparición llamó la atención de algunos comensales y hacia ellos enfiló en primer término, ofreciendo una amplia sonrisa a los caballeros y una flor a las damas. Luego hizo lo mismo en las mesas restantes, recibiendo sonrisas de agradecimiento en unas y miradas recelosas en otras. Regresó adonde yo estaba, me entregó las pocas flores

Las Scherezadas

Cuentistas peruanas contemporáneas

(II)

Manuel J. Baquerizo

2. Leyla Bartet

Leyla Bartet (Lima, 1950) es una autora a quien no se le ha dispensado la debida importancia, pese a tener dos libros de cuentos publicados por Peisa (*Ojos que no ven*, 1997; y *Me envolverán las sombras*, 1998). Ella es la escritora que mejor ha sabido representar el activismo político y los conflictos que éste suele generar en el mundo del arte, de los sentimientos y de la vida privada.

Leyla Bartet es socióloga y lingüista. En su juventud estuvo comprometida con las luchas sociales y políticas, experiencias que aparecen expuestas en algunos de sus cuentos. Hija de padres franco-peruanos, Leyla Bartet vivió en Cuba (donde obtuvo su bachillerato), en Venezuela (donde radicó cinco años) y en Mauritania (a donde se trasladó por razones profesionales). Actualmente, reside en Francia. Ella es pues la más cabal encarnación de la escritora cosmopolita, como lo fuera antes Rosa Arciniega (1909). Inicialmente, estuvo dedicada al periodismo. Ahora, vive entregada por completo a la literatura. Y, a pesar de lo que podría suponerse, su obra narrativa no está muy influida por su formación sociológica. Mantiene su autonomía.

Pero, si escribe desde una perspectiva decididamente femenina. En sus cuentos asume una posición de género muy clara. De allí que los relatos estén envainados casi siempre de crítica a la situación de la mujer frente al hombre y a la sociedad, a la forma de su educación y a su estado de dependencia y marginación. Sus personajes son, por lo general, mujeres adultas (periodistas, investigadoras, profesionales y ejecutivas) que siempre hablan por sí mismas. Leyla Bartet es la primera escritora que presenta a las mujeres ejerciendo plenamente su libertad y su derecho a ser felices. No hay nada que les impida a ellas realizarse como personas (ni los prejuicios religiosos, ni morales o sociales). A menudo se trata de mujeres sometidas a un régimen familiar tradicional que, en la primera oportunidad que encuentran, se desquitan y se liberan, como Eva en "Roncar". Ellas piensan ahora que es necesario "romper esa relación agotada, construida sobre una endeble base de espejismos y ficciones" (II, 38). Para la narradora, la literatura viene a ser una manera de desmenuzar los sentimientos, las pulsiones y las fuerzas reprimidas que esconde el alma humana. Ella dice lo que las mujeres no se atrevían a decir antes. En esto, concuerda con Almudena Grandes, para quien la literatura "es una manera de ajustar cuentas con la vida". Y también con Angeles Mastretta (la autora de *Mujeres de ojos grandes* (1993).



«La novia en el jardín», óleo, 1.50 x 0.70 ms.

El primer libro que publicó Leyla Bartet tiene mucho que ver con la memoria (los recuerdos de la infancia, en los que mezcla la realidad con las fantasmas y las cosas imaginadas, deseadas o temidas). Es una especie de búsqueda de su historia en el Perú. Los textos más característicos son "El Corsario negro" y "Ojos que no ven", en los que desmitifica la inocencia del niño y exhibe crudamente la perversidad que puede anidar en su alma. Son historias terribles que desnudan la violencia que subyace en las relaciones interpersonales y de niños que terminan en un crimen. Los narradores son los mismos niños (uno de ellos se comunica mediante la forma de un diario). Al comienzo, en la vida familiar todo parece normal y tranquilo, pero de pronto hay algo que desencadena la violencia y la destrucción. Puede ser el descubrimiento de Coco en actitud deshonesto con la criada; o la lenta e inexorable pérdida de la visión de la protagonista (una adolescente que tiene gran afición a la lectura), ante la fría indiferencia de un padre duro e insensible ("Mi padre me odió cuando me diagnosticaron la inevitable ceguera. Una hija minusválida

resultaba insostenible para su vanidad", 30). Los pequeños actores terminarán agrediendo o victimando a sus padres. Lo singular de estos relatos es que están contados con gran objetividad, sin rubor, ni patetismo ni estrépido alguno. Sin embargo, no dejan de estar rodeados de una atmósfera de pesadilla, horror y muerte, como en los relatos de Patricia Highsmith. Los desenlaces son, naturalmente, bien calculados.

Otro eje del libro es la pasión erótica, referida en este caso al erotismo precoz. Los cuentos más representativos, al respecto, son "El muñeco chino" y "En olor de santidad". En el primero, una niña de doce años hace sufrir sus perversos manoseos a otra niña menor que ella; y en el segundo, una joven de dieciséis años narra su impío encuentro amoroso con un sacerdote, estimulada por la lectura de Verlaine. Son cuentos en que se mezclan la impudicia y el pudor. Leyla Bartet escribe con mucha franqueza y desenfado, nada queda oculto a su atenta mirada. Su estilo es marcadamente realista.

Frente a éstos, figuran otros relatos que aluden al problema de la formación.

En "Educación sentimental" la protagonista da un mal paso, por su inexperiencia e ignorancia. Da a entender que esto se debe a que "las mujeres confunden la ignorancia con la modestia, la moral con la censura, la inteligencia con el pecado. Mujeres que no se atreven a disentir, menos aún a contrariar a un varón, fuese éste padre, hermano o esposo" (84).

En una línea contraria, presenta a otras mujeres que están dispuestas a disfrutar de su existencia a plenitud. En "Augurios profanos" una joven cuenta la historia de la abuela, quien desafiando las severas formas de vida tradicional se atrevió a gozar intensamente de una aventura erótica. Pasados los años, dirá que no hizo mal, porque fue una forma de descubrirse a sí misma ("no debía irme de este mundo sin agotar la sorpresa permanente de descubrirme", 69).

La narradora suele utilizar varias perspectivas, para mostrar una misma situación, como en "El error", donde la aventura de Elena es expuesta desde los ojos de Lydia y Esteban, sus hijos, y una tercera persona omnisciente, aportando así cada uno un punto de vista.

El segundo libro está destinado en su mayor parte a confrontar la política y el amor. Los cuentos se desarrollan en diversas ciudades (Lima, Caracas, La Habana, París y Mauritania). Leyla Bartet expone abiertamente los encuentros y desencuentros entre los sentimientos íntimos y el compromiso social. En este aspecto, los relatos más logrados son "Unidad y lucha de contrarios", "Crimen y castigo" y "Habanera". El primero está ambientado en los años del '70. Allí refiere el *affaire* de una militante revolucionaria con un desconocido en un tren. El cuento exalta el amor carnal y la voluptuosidad, que recuerda vagamente "Bola de sebo" de Maupassant. "Crimen y castigo" es, probablemente, uno de los mejores cuentos que se ha escrito sobre el activismo revolucionario de los años '70 y '80, donde se encaran los sentimientos amorosos y la disciplina partidaria. Tiene la forma de una carta en la que la protagonista le confiesa a su psiquiatra la traición que cometió con un camarada por simple despecho. En "Habanera" otra mujer se encuentra veinte años después con un ex-compañero a quien había hecho una falsa imputación.

Leyla Bartet se distingue por el cuidadoso diseño de sus historias y el trabajo esmerado de su lenguaje, su prosa es pulida, de frases cortas y de estilo sumamente terso, todo ello puesto enteramente al servicio del relato. Lo que permite que la historia se desenvuelva con gran soltura y fluidez.

De hecho, Leyla Bartet es una narradora que domina sus instrumentos literarios. Y, por lo mismo, una de las mejores cuentistas del Perú.

3. Viviana Mellet

Los relatos de Viviana Mellet (Lima, 1959) son de estilo más tradicional tanto en la composición, como en la misma temática. Se mueven entre la realidad y la fantasía. En muchos casos, constituyen meras ensoñaciones y reflexiones que no cuajan en verdaderas historias. Por lo general, son textos breves. Los temas y personajes son muy diversos, tienen que ver con la clase media, siendo su ámbito casi siempre la Capital. Presenta un mundo urbano asfixiante, lleno de miseria, violencia y terror. La cuestión feminista ocupa sólo un pequeño espacio.

Los asuntos que Viviana Mellet aborda en *La mujer alada* (1944) van desde el drama social en la cárcel, el suicidio y las pasiones malsanas del alma humana, hasta el ansia de libertad femenina. En "La visita" desarrolla el encuentro de una mujer con su marido, en el local penitenciario. Aquí, más que la sordidez de la prisión lo que impresiona vivamente es la mansedumbre y la resignación de la agobiada esposa; en "Desde el puente" aborda el tema del suicidio de un hombre, no tanto como una acción dramática sino como simple motivo de reflexión; en "Queridísima Alicia" analiza el rencor humano. La protagonista se prepara a recibir en su casa a una discípula de la infancia, a quien odia porque ésta la humillaba con la exhibición ostentosa de su riqueza. Ahora, quiere desquitarse demostrándole que ella vive mucho mejor. Pero, al final, comprende que Alicia no había sido más que "otra niña llena de inseguridad e indefensa" (77) como ella.

El mejor cuento del libro es "Fuera de agenda", donde se expone con realismo feroz el drama de las mujeres maltratadas, abandonadas y agraviadas por sus maridos o amantes. Es casi una diatriba contra el matrimonio. Curiosamente, todas las secretarías (Erika, Marlene y Violeta) que trabajan en una moderna empresa son divorciadas que esconden una historia doméstica llena de oprobios.

La oficina es el confesionario donde revelarán su intimidad. Como todas sufrieron una decepción, terminan abominando a sus ex-consortes ("Ese hombre era una basura", "Todos son iguales... Desgraciados", "Todos son unos mierdas"). Pero, ellas alimentan la esperanza de que alguna vez lo pagarán ("Todo se paga; se paga aquí, carajo!"). La protagonista-narradora que acaba de ingresar a la empresa, recién casada, nunca había imaginado que ella también iría a "aportar su propia experiencia". Finalmente, todas se solidarizan y se declaran dispuestas a gozar libremente, porque -según ellas consideran- ya pagaron por adelantado sus culpas virtuales. El relato combina la primera y la tercera persona gramatical con breves monólogos. En verdad, la autora no tiene mucha seguridad en el manejo de sus recursos narrativos.

El texto que da título al libro es un cuento fantástico y alegórico sobre la aspiración de la mujer a la libertad. Empieza así: "Era una mujer alada. Lo supo su madre desde antes de traerla al mundo cuando, complacida la sentía aletear en su vientre. Es más, había sido su voluntad engendrar una niña alada y no otra diferente" (87). Luego de relatar las vicisitudes del noviazgo y matrimonio de la protagonista, escribe la narradora: "Las alas que la impulsaban a volar no estaban en realidad allí, entre sus omóplatos, sino en un lugar del alma donde nadie las puede cortar" (91).

Viviana Mellet no profundiza mucho en sus temas y tampoco exhibe mayor brillo en su prosa. Pero, en cambio, sabe describir con marcado realismo la vida cotidiana del hogar y los usos y costumbres domésticos.

4. Carla Sagástegui

Carla Sagástegui (Lima, 1971) estudió lingüística y literatura en la Universidad Católica del Perú e hizo cursos superiores de literatura latinoamericana en la Universidad de la Habana. Actualmente, ejerce la docencia en la Universidad Católica. Ella ha publicado un solo libro: *La vida íntima de Madeline Monroe* (1994), conjunto de siete relatos de temática heterogénea y desigual factura. Es un libro donde

priman los cuadros de extrema miseria, infortunio y desolación, en particular, los casos de mujeres abandonadas por sus maridos, mujeres que se prostituyen y enloquecen. Los textos vienen acompañados de fotografías que sirven para resaltar y enfatizar la realidad social descrita. La intención es pues visiblemente denunciatoria y protestataria.

Todo lo contrario a una narración natural, corriente y llana, la autora busca experimentar con las formas de composición y las diversas perspectivas. Pero, sus logros se quedan en eso: en meros ejercicios de taller. Lo que más resalta en estos relatos es el gesto patético, lastimero e irrisorio de los personajes. "Réquiem para dos" narra en dos planos simultáneos la muerte de una prostituta y su hijo, "Al final del círculo" versa sobre una mujer migrante de la sierra que ha sido abandonada, que enloquece y está a punto de suicidarse. El cuento está escrito en tercera persona gramatical, pero en su mayor parte se compone de monólogos y soliloquios. "Bolero" usa la misma técnica para referir la historia de una frustración amorosa. "Que alguien lo explique" es otro relato sobre la crisis de un matrimonio, contado en segunda persona por una mujer que está al borde del suicidio. Mientras que el cuento que da título al libro es un relato donde se expone la decadencia de una artista de cabaret enferma de sida y que grotescamente aparenta gozar de una buena situación. El libro se completa con un texto de carácter legendario, donde figuran príncipes y guerreros chimús ("Pueblo enfermo"). En general, son relatos rudimentarios e incipientes que carecen de una estructura narrativa precisa. El lenguaje es igualmente poco trabajado. (Ej.: "Eusebio saca del bolsillo interior del saco..." (62)).

5. Irma del Aguila

Irma del Aguila (Lima, 1966) es la narradora que más se proyecta al mundo exterior, tal como lo hicieron los narradores del cincuenta (Enrique Congrains, Carlos E. Zavaleta y Julio Ramón Ribeyro). El escenario de la mayoría de los cuentos de *Tía, saca el pie del embrague* (2000) lo constituye la

urbe limeña y, complementariamente, algún poblado de la selva (Puerto Maldonado) o una ciudad de la costa (Pisco). Con ojos de socióloga, ella registra el tránsito ciudadano, el caos vehicular, el ruido irritante, la suciedad y la miseria física y moral de sus habitantes. La descripción fascinada e intimidada de la ciudad moderna sugiere una visión apocalíptica de una cultura y de una sociedad en estado de decadencia. La narradora documenta aquí el tiempo que le ha tocado vivir. Más que la vida interior de sus personajes solitarios y marginales, a ella le interesa retratar lo que ocurre en las calles y en los espacios públicos por donde discurre la multitud. Lima es un lugar insoportable, tanto para los migrantes como para los propios limeños. La protagonista de "Tía, saca del pie del embrague" llega al borde de la desesperación, agobiada por la burocracia, las coimas, el tránsito infernal, el ruido y la contaminación. Su máxima aspiración sería dejar el país ("Tomar el avión e irse de este caos", 51). El relato tiene el carácter de un reportaje, elaborado con gran realismo. La protagonista de "Te espero en Desamparados" ve, igualmente, Lima como "una ciudad que se ha convertido en una vorágine de gente que vive a pulso, bregando a un ritmo muy duro y presuroso" (78). "Atraco en el Jirón Paruro" pinta, a su vez, el mundo de la delincuencia: un organillero que adiestra a sus monos para sustraer objetos de las casas comerciales. Tiene mucho parecido con algunos textos de Congrains y Zavaleta.

"La confesión" es el único cuento que trata de un problema netamente femenino: la infidelidad conyugal. En "¿Quién le teme a Sarah Ellen?" entrelaza la política y la superstición. Y, finalmente, en "En la selva" hace la crónica de un viaje a Puerto Maldonado, donde la protagonista es una niña. Más que de verdaderos cuentos, se trata de crónicas y reportajes, pero que exhiben una prosa muy fluida, ágil y amena, no exenta de humor. El mejor relato es, sin duda, "Te espero en Desamparados" que gira en torno a una mujer migrante que, desde el lecho de un hospital, habla de su pasado, mientras contempla en la pantalla una novela cuya historia es muy parecida a la que ella misma está viviendo.

(Véase de la pág. 63)

que le habían sobrado y, guiñándome un ojo, se volvió de nuevo hacia los parroquianos, pero durante un rato se contentó con mirarlos.

El maître quiso aprovechar esa pausa para acercarse a nosotros e invitarnos seguramente a abandonar el local, pero papá, cuando lo tuvo cerca, alzó de pronto la mano derecha y dio vida, uniendo el pulgar y el índice y dejando los otros tres dedos extendidos, a una mariposa que empezó a aletear débilmente. Eso fue suficiente para que ese pingüino engominado cambiara de opinión y volviera sobre sus pasos y para que todas las miradas se enfocaran de nuevo en el mimo.

La mariposa, entre tanto, comenzó a volar grácilmente de mesa en mesa, perdiendo brío cuando las personas a las que se acercaba la ignoraban y recuperándolo al menor soplo. En realidad, bastó que esas personas tan estiradas comprendieran que eran la frialdad y la indiferencia las que mataban a esa delicada mariposa para que ya nadie más se negara a participar en el juego. Después de pasearse por todo el restaurante, papá regresó adonde yo estaba, bajó la mano e

hizo una venia que fue recibida con un caloroso aplauso.

El maître, que al parecer sólo estaba esperando eso, se acercó de nuevo, pero ya no para echarnos a la calle sino para invitarnos a ocupar una mesa libre. «¿Desearían servirse ustedes una botella de vino que les ofrece la casa?», le preguntó a papá cuando estuvimos sentados, pero él respondió que no moviendo la cabeza y acto seguido sacó del bolsillo de su holgado pantalón una tarjetita en la que decía «Champagne». El maître inclinó levemente la cabeza y al rato un mozo nos trajo una botella de champagne dentro de un balde con hielo.

Después de brindar con todas esas personas que ahora lo miraban con benevolencia, papá brindó conmigo.

-¿Por nuestro encuentro! -me dijo.
-¿Por nuestro encuentro! -le respondí y bebí un buen sorbo de esa bebida cosquilleante y helada.

Nos despedimos muchas horas y muchos bares más tarde, prometiéndonos que volveríamos a encontrarnos el sábado siguiente en el mismo sitio. Yo regresé a mi hotel, dormí un par de horas y, después de ducharme y de arreglar el pequeño maletín

que llevaba conmigo en esas escapadas, salí a caminar. ¡Necesitaba pensar!

Estábamos a mediados de noviembre y hacía frío. Los árboles lucían indefensos en su desnudez y un cielo gris aplastaba la ciudad. Mirando el Sena acodado sobre la baranda de un puente, trataba de entender la razón de la enorme tristeza que se había apoderado de mí. La culpa de todo la tenía, claro, el encuentro con papá, el que él no se hubiera quitado el maquillaje en toda la noche y el que yo, como ocurría siempre, hubiera caído en su juego. Ni siquiera me atreví a contarle que mamá había fallecido y él, por supuesto, no me preguntó ni por ella ni por nadie de Perú, como si hubiera arrancado de su corazón al país en el que nació.

En el tren a Ginebra comprendí que no tenía ganas de volver a París, que tanto trajín me estaba dejando exhausto. Supe también que nunca más buscaría a papá y sentí pena, me sentí más solo que nunca...

4

A mi regreso al Perú, después de soportar más de mil veces el paso que iba a dar, dejé mi trabajo en el Centro Inter-

nacional de la Papa, muy bien remunerado pero para mí cada día más insulso, y comencé a escribir. La verdad, pensaba que en algún momento me arrepentiría de la locura que estaba cometiendo y daría marcha atrás. Han pasado varios años, sin embargo, y, sin arredrarme ante las dificultades económicas de las que ya me había desacostumbrado, sigo haciendo con gusto lo mismo que hacía de niño cuando jugaba con las «pelis» que guardaba en mi escondite secreto: imaginar historias y darles un soplo de vida a personajes que de otro modo permanecerían congelados, cual víctimas de un hechizo.

La última historia que he escrito es ésta. No es imaginada. Es la historia de mi vida, de como intenté escapar a mi destino y no pude. La he escrito para contar que por fin sé lo que hacía en París ese otoño: a quien buscaba, a quien he estado buscando desde que viajé a Lima a la edad de siete años, no era al padre que me abandonó sino a mí mismo. De él no he vuelto a saber nada.

Llama a sorpresa una novela sobre el mundo negro, y más si esta novela ha sido escrita por una escritora insertada en ese universo.

El título de la novela, *Malambo*, puede llamar a engaño. Acostumbrados como estamos a trabajos locales podemos creer que nos aproximamos a otra obra típica del costumbrismo, donde aparecerán personajes de stock, y donde el mérito mayor lo constituirán las exploraciones lingüísticas del autor. Pero esta novela depara al lector una sorpresa adicional; la fluidez de la prosa, y el del estilo se sustentan en una sobria estructura dramática.

Contrariamente a lo que podría sugerir el celo puesto por la autora en ubicar con precisión su escenario histórico, no es esta una novela de costumbres, ni menos una novela más del regionalismo con personajes negros; estamos ante una novela-novela en el sentido más moderno, organizada en torno a una trama, cuyo movimiento está determinado por las ambiciones de sus personajes, por los conflictos que enfrentan sus universos.

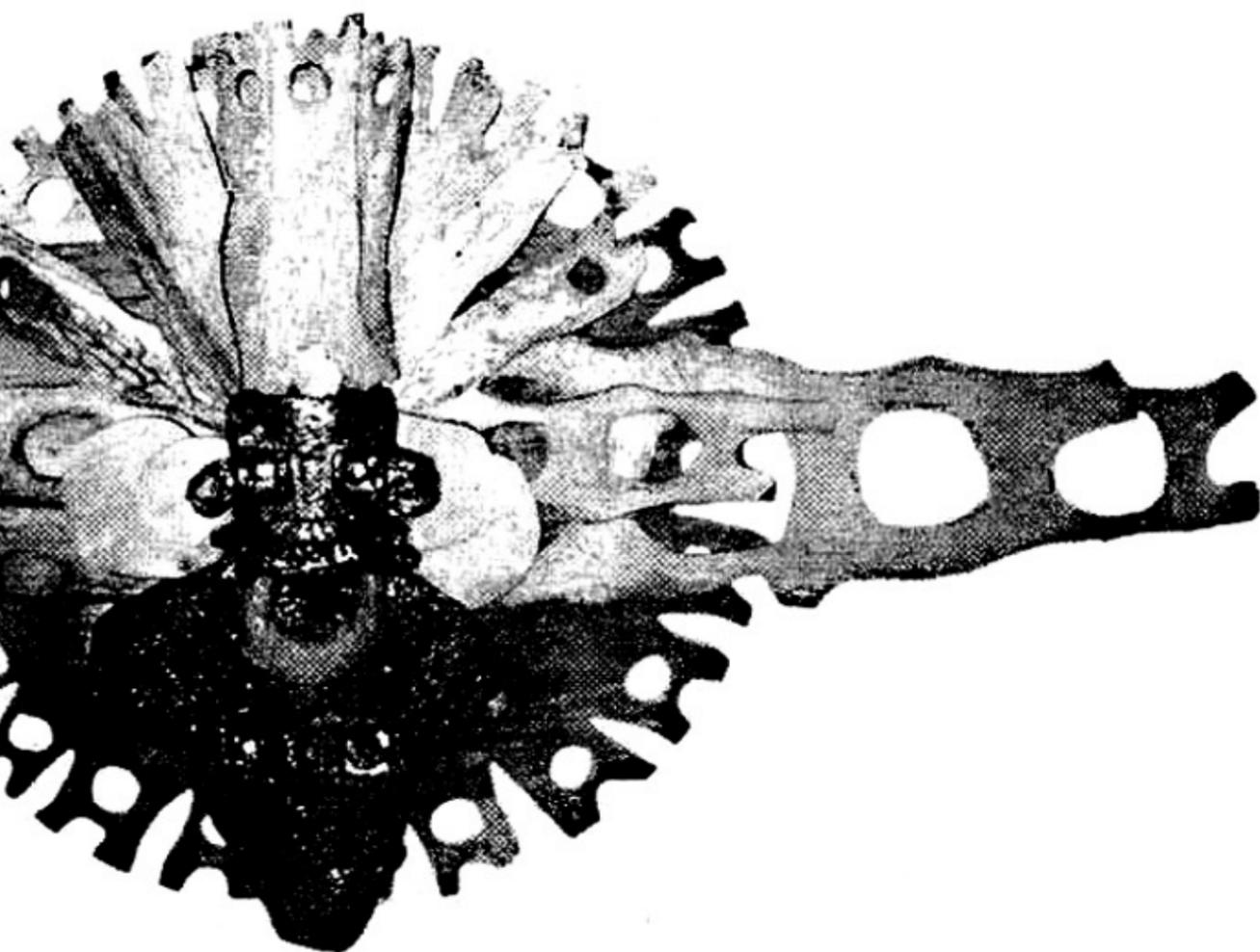
Los diversos eventos están ambientados en una época de la colonia, en plenos tiempos de la trata de esclavos, del santo negro Martín de Porres y del virrey de la quinina. En ese escenario se nos presentan los dos mundos contrastados, *Malambo* y la ciudad de los Virreyes, separados por el Río Rímac, el río hablador. Ambos mundos con sus propias escalas de valores morales, debidamente encarnados en personajes verosímiles, todo ello orientado a asegurar la solidez de la estructura.

El *Malambo* de esta ficción se ubica en las faldas del cerro San Cristóbal, y es asiento de Minas, Angolas y Mandingas y las cofradías de Congos y Mondongos que se codean con libertos, cimarrones y esclavos de mala entrada. Aquí habita el anciano Tomasón Vallumbrosio, esclavo en situación irregular, que se mantiene aferrado al oficio de pintor de santos. Tenía donde vivir gracias a su compadre Jacinto Mina, compadre del alma y caporal de la cofradía de los negros de Angola, que con dos alarifes llegó un día y le construyó la casa, con una gran ventana para que pudiera contemplar el río. Un tercer amigo, Venancio Martín, pescador, hijo de una lavandera de vientre libre, pero ya huérfano y hombre sólo como los otros dos vendrá a completar la amistad. De vez en cuando reciben la visita del estrafalario Yawar Inka, una mezcla de indio y alguna otra sangre que llevando el producto de sus andanzas, se desplaza libremente de una a otra margen del río.

La otra orilla del Rímac, donde se ubica el palacio del Virrey, cuenta con sus propios personajes y sus propios ajeteos. Aquel mundo es regido por Jerónimo Cabrera Bobadilla y Mendoza, Conde de Chinchón, decimocuarto Virrey del Perú. Y a él pertenecen el marqués de Valle Umbroso, patrón irregular de Tomasón, don Manuel de la Piedra, comerciante enriquecido que conserva la arrogancia tácita de los criollos acaudalados y que diez años atrás apenas deambular por las pulperías portuarias del Callao sin más equipaje que un fardo enrollado y tres talegas de yute. Este hombre logra hacer fortuna con un embrollo de préstamos, ventas y réditos acumulados y se adueña de una casona con el deseo de convertirla en hostería. Con dicha propiedad se hace así mismo de dos sirvientes negros: la cocinera Candelaria Lobatón y el calesero Nazario Briche. La servidumbre se completa con la compra de la negra Altagracia Maravillas. Esta orilla del universo novelado se enriquece con Jerónimo Melgarejo, molinero criollo en pleno plan de expandir sus negocios, acicateado por Gertrudis, su mujer.

2. Los mundos y sus valores

El mundo de los blancos se halla regido por ambiciones materiales y muy concretas. El molinero ansía comprar las propiedades de doña Catalina Ronceros, siempre que ella se case con Manuel de la Piedra, para cuyo efecto intrigará sin descanso. Manuel de la Piedra es por otro lado un hombre de deseos elementales, nada turbará el estado de somnolente felicidad a la que ha llegado, con sus periódicos remates



Negro Mundo

Malambo: la novela de Lucía Charún-Illescas

Zein Zorrilla

de negros y sus siestas en brazos de la esclava Altagracia Maravillas. Quien encarna los valores de este mundo es justamente Manuel de la Piedra.

A diferencia del mundo blanco signado por la moneda, las intrigas mercantiles, y la falta de escrúpulos, al otro lado del río Rímac florece *Malambo*, signado por la solidaridad, la compasión, pero también por la precariedad que parece perpetua, por un sentimiento de humor cultivado, de religiosidad y desprendimiento, necesarios para hacer llevaderas las zozobras de esa clase de existencia.

3. Las familias en ambas riberas.

La familia viene a ser el microcosmos donde se reflejan las características de una sociedad. Por eso cuando uno se asoma a una obra de ficción conviene apreciar el particular tratamiento que cada escritor le da al tema de la familia. Si nos aproximamos a las familias de la primer novela de Vargas Llosa, encontraremos familias tensionadas por la ausencia física o simbólica del padre, en la obra de Arguedas sentiremos la ausencia de la presencia tierna y aglutinadora de la madre.

En *Malambo*, hallamos "familias" de una composición singular. Para comenzar las mujeres son tratadas como animales de producción, o de soporte, u objetos de placer. La cocinera Candelaria paliará con sus cuidados la soledad del patrón, llegada la vejez cederá su puesto a la joven morena Altagracia Maravillas. En un diálogo en que ambas se encuentran nos enteraremos de los riesgos que ha corrido ella y envidiará a su reemplazante el no tener que enfrentar la furia de las esposas blancas.

Pero a las mujeres blancas tampoco les va mejor en la otra ribera del río. La viuda Catalina Ronceros fue enviada desde España, como un bulto, como un paquete, y directamente al lecho de su primer marido. Preparada ahora para formar un segundo matrimonio, sencillamente viene y se instala en la casa de Manuel de la Piedra, con sus gallinas que vagan por el proyecto de

hostería, todavía en proyecto y ya en ruinas, donde Manuel de la Piedra gasta sus días en apreciar a nuevas generaciones de negras y especular con negocios hipotéticos, sin voluntad para ordenar su existencia, sin voluntad siquiera para dejar partir a Catalina Ronceros y recuperar su libertad, por temor a que con ella se vaya también una de las razones de su existencia: Altagracia Maravillas.

En esta casona vaga el espíritu de Candelaria, regresa cada noche en busca del dinero que escondió bajo el batán, debajo todavía del dinero del patrón; pasea Altagracia la amante negra y arrastra sus celos Nazario Briche el marido cobardón, y el despistado estudioso Chema Arosemena que emulando a Humboldt cree haber venido a Lima a escribir un libro sobre las costumbres de la ciudad para finalmente evaluar sus posibilidades en forma realista y terminar enrolado en un negocio de guano de islas. A este espacio llegará la novia eterna, acompañada de pavos y pollos que pugarán por arrancar a picotazos los frutos bordados de las alfombras. Con sus gallos que agitan las alas sobre los muebles de charol para lanzar su canto, esta casa sin destino constituye tal vez una de las metáforas más ácidas y acertadas de lo que significó la Colonia para la vida nacional.

La negra Altagracia Maravillas que sería el otro núcleo de familia es en este mundo movido por instintos, es apenas otro oscuro objeto del deseo, de los celos, de una silenciosa amargura que recorre las páginas de la novela. Queda encinta de... alguien, y cuando le llega el turno de enfrentar a los probables padres, al patrón y al calesero su marido, les espetará una de las verdades de ese mundo: ese hijo es sólo de ella. Y será la única madre de la novela, sólo más adelante, cuando ya hayamos volteado la última página. No hay madres en este universo, sólo corpúsculos sueltos que flotan en el vacío al soplo de las fuerzas desorganizadoras de la esclavitud.

Y tampoco hay más matrimonios. La unión del molinero Jerónimo Melgarejo y Gertrudis, es más una

sociedad mercantil, una SRL de la colonia, antes que un matrimonio. Esa misma razón social, con objetivos económicos definidos y carente del más elemental deseo, habrán de constituir Manuel de la Piedra y la viuda Catalina Ronceros

3.0. El pasado y el futuro

Ninguno de los personajes de ambas riberas posee un pasado definido. Catalina bajó del barco para dirigirse a la casa de su primer marido. Ahora unida a Manuel de la Piedra conformará esa capa de estéril vida social que parece haber sido la Colonia.

El pasado de Manuel de la Piedra parece animarse algo; recorrió de mercachifle el Portugal y Panamá. En las páginas finales de la novela se enfrentará a las consecuencias de sus andanzas, con su sangre bastardeada en el algún lecho de esclava, descubrimiento sórdido, mudo, doloroso, drama tras cuyo telón vemos la firme mano de escritora de Lucía Charún. Don Manuel de la Piedra sorprende una noche a un ladrón en su casa, es el negro Guararé, esclavo vendido por él. Guararé muere a resultas del castigo infringido. Solo cuando el esclavo ha muerto, don Manuel se entera, con ayuda del estudioso Chema Arosemena que no era un ladrón, que andaba buscando a su parentela con un bíblico retazo de tela en la mano, el retazo que le entregara su madre como recuerdo del hombre que lo engendró. Manuel de la Piedra reconoce el retazo de tela. ¿Era entonces su hijo ese esclavo vendido por él y muerto por él? Hombre blanco sin descendencia; el hijo que tenía se ha ido de este mundo, y aquel otro que porta en el vientre Altagracia Maravillas quién sabe si es de él.

Al final de la novela la esperanza renace en el lado de *Malambo*. Una boda en ciernes; Pancha que ha bajado a los infiernos y ha bailado con el mismo demonio y ha regresado al mundo de los vivos está preparada para tomar marido.

Y finalmente unos dineros llegados por obra de los antepasados permitirán la redención de Altagracia, es el dinero de la vieja Candelaria, ganado en el lecho del patrón que irá a rescatar de ese lecho a una mujer de otra generación.

Cerrado el libro nos queda la sensación, el convencimiento, que esta conducta la hubiera tenido cualquier pueblo, sea blanco, asiático, cholo, de haberlo sometido al mismo trato, es decir arrancarlo de su tierra natal, descuartizar sus familias y enviar sus miembros a todos los puntos señalados por la rosa náutica.

Malambo no es una pintoresca novela sobre sólo el pueblo negro sino la exploración lograda sobre una faceta de la humanidad.

4. La prosa.

El trabajo formal del libro merece aplausos aparte por el tratamiento de su lenguaje, por la forma en que se han rescatado modismos y giros negros desconocidos.

Por otro lado la autora ha hecho frente a un problema común a los escritores de culturas marginales que orientan su obra a lectores habituados al consumo de literatura occidental. El problema fue encarado por Arguedas quien tuvo no solo que contar una historia, sino muchas veces colorear las referencias que le permitirían desarrollar su historia con precisión. En estos altares, muchos autores han terminado sacrificando la valiosa energía dramática de sus obras, que para un ficcionador son su mayor capital. Lucía Charún ha superado limpiamente el desafío, manteniendo las proporciones y dosificando una información que en manos menos expertas hubiera terminado ahogando a la historia y los conflictos que la motorizan.

Del mismo modo tampoco ha cedido a las tentaciones del mágico realismo que satura buena parte de la creación de estas latitudes, aún hoy. Párrafos como aquel del descenso de Pancha a los infiernos, o las visitas recurrentes de Candelaria a la vieja casona, son despeñaderos que arrastrarían a un escritor menos seguro de sus objetivos, de ellos ha salido librada nuestra escritora por su conocimiento del oficio.

Y en general estamos ante una novela en que la autora se muestra tras de sus personajes, está a la vez en todas partes y en ninguna, como quería el maestro Flaubert. Tal vez el único recurso cuyo uso valdría la pena revisar para futuros trabajos sea el de las transiciones entre una escena y otra. Este recurso ha sido llevado a niveles de complejidad tales por los maestros desde Tolstoy hasta Faulkner, desde el asiático Ha Jin hasta Kureishi el pakistaní. El lector moderno está habituado a una transición imperceptible, y si perceptible no molesta, al contrario agradable, que no causa desorientación sino causa eso que los románticos solían llamar *la expansión del espíritu*, un recurso en fin que no obliga a volver páginas atrás para retomar el hilo de la historia porque muchas veces el lector vuelve página atrás, es cierto, pero ya no vuelve nunca. Algo ligero a contemplar que podría facilitar la llegada a este universo de lectores sin mayor preparación.

Finalmente, diremos que ninguna glosa ni presentación reemplazará el sabor de ir descubriendo *Malambo* por uno mismo, novela entretenida, que por el sólo hecho de tratar sobre el mundo negro, por una escritora negra, marca un hito en la historia de la narrativa peruana.

Las influencias literarias en *El nombre de la rosa*

Sandro Bossio Suárez

La primera edición de *El nombre de la rosa* (Editoriale Fabri, Milán, 1980) logró lo que pocas novelas: aglutinar favorablemente a la crítica y los lectores. Su autor, Umberto Eco (Alessandria, 1932), conocido hasta entonces sólo en los círculos académicos por sus importantes contribuciones al estudio de la semiótica, saltó repentinamente a la fama y su novela empezó a ser disputada por editoriales de todo el mundo en pos de los derechos de venta y traducción. El mismo éxito tuvo la película basada en el libro, estrenada en 1986 y dirigida por Jean Jaques Annaud, que obtuvo una fabulosa recaudación de taquilla.

Es que, en definitiva, *El nombre de la rosa* es una novela excepcional. Extraña mezcla -y no por ello deleznable- de novela negra, policíaca, histórica y filosófica, narra las aventuras detectivescas de dos franciscanos, fray William de Baskerville y su fiel aprendiz Adso de Melk, en una lejana abadía benedictina de la Italia medieval, donde acaecen terribles crímenes. Como buen detective, William de Baskerville va a lo largo de la trama investigando, deduciendo, descubriendo la verdad de las muertes, al tiempo, que el autor dosifica las pistas para crear la intriga que toda buena novela del género debe poseer. Pero sería mezquino reducir la historia de *El nombre de la rosa* a la mera trama policial, puesto que su riqueza temática es tan vasta, que bien podríamos asegurar que cada tema representa un verdadero plano de lectura. Pablo Carreño dice al respecto: «Y es que *El nombre de la rosa* no es sino la aplicación de su concepto de obra abierta, pues su sentido no es concluyente, sino que se puede leer tanto como una novela histórica, como una novela erudita sobre literatura, como una novela filosófica, etc., y cualquiera de esas lecturas es tan válida como las otras». Esta diversidad y opulencia de temas, sin embargo, no convierte a la novela en un mamotreto farragoso, que hubiera resultado en manos de cualquier otro escritor con menos pericia (como en el caso de *Los versos satánicos* de Salman Rushdie), sino todo lo contrario: un monumento épico a la literatura totalizadora.

Es notorio que este laborioso trabajo de investigación puso en manos de Eco temas y personajes novedosos, que no dudó en usar para redondear su idea. Para empezar, la más acentuada influencia de *El nombre de la rosa* la encontramos en las historias policíacas del maestro del género: Conan Doyle, de quien, Eco tomó evidentemente la estructura del relato (adecuado suministro de indicios, pistas falsas, narración sesgada por el acompañante del detective, minuciosidad) y la personalidad de los protagonistas (resultan notorias las semejanzas de William de Baskerville con Sherlock Holmes, pues ambos «con su lógica implacable, su suave arrogancia y su carácter reservado e incorruptible, representan una exaltación del poder de la razón y una síntesis de la idiosincrasia británica», como dice Anahí Barrionuevo). Del mismo modo, el doctor Watson, inseparable de Holmes, se emparenta directamente con Adso de Melk, inseparable de William, pues ambos narran las peripecias, ya viejas, a modo de una memoria de halagadora recordación.

Otro autor que influye de Eco en Jorge Luis Borges, quien hasta encarna un rol en la novela, personificado por el malvado monje español Jorge de Burgos (nótese la similitud de nombres), ciego y erudito como el famoso argentino, quien castiga con la muerte a quienes hollan los secretos de cierto libro prohibido. Como las fascinantes narraciones de Borges, la obra de Eco está plena de alusiones a personajes históricos, referencias de increíble sapiencia, advertencias al lector perspicaz, citas directas,

latinajos, pies de página, digresiones filológicas, discusiones teológicas, paradojas, libros, adivinanzas, leyendas y una gran cantidad de elementos que nutren el libro hasta la magnificencia. Pero lo más saltante de este influjo son tres elementos con los cuales Borges construyó toda su obra: las bibliotecas, los espejos y los laberintos, componentes en torno a los cuales giran también las acciones de *El nombre de la rosa*.

Si bien estas influencias son fáciles de percibir, existe otro poco difundida: la del gran escritor italiano, Leonardo Sciacia, injustamente olvidado. Su novela *El archivo de Egipto*, si no hubiera sido publicada veinte años antes, podría pasar como un calco *El nombre de la rosa* no sólo por su derroche de ilustración, sino por su tinte detectivesco: en una abadía de Palermo, a fines del siglo XVIII, un fraile de apellido Vella finge traducir un códice que data de la dominación árabe cuando en realidad está abocado a elaborar un documento apócrifo que cegará más de una vida y pondrá en peligro una poderosa casta social. En ambas novelas, como si fuera poco, hay ingredientes tan comunes que causan sospecha: muertes misteriosas, constantes remisiones a libros y tratados, citas en latín, presencia de reyes y papas, procesos intimidatorios, torturas del Santo Oficio, otros más.

Finalmente, otra de las grandes influencias que pesa sobre *El nombre de la rosa*, es la de las narraciones árabes clásicas, específicamente «Las mil y una noches», clarísima inspiración de Eco: el cuento del doctor Rubán. Veamos: en la novela de la abadía, tras una angustiosa búsqueda, William de Baskerville descubre que el pérfido bibliotecario Jorge de Burgos envenena las páginas de un libro desaparecido, posiblemente la *Poética* de Aristóteles, para matar a sus furtivos lectores: «(Guillermo) hojeó rápidamente las otras páginas, hasta que de pronto encontró resistencia, porque en la parte superior del margen lateral, y a lo largo del borde, los folios estaban pegados unos con otros. (...) Guillermo rió; parecía bastante divertido: «Entonces no es cierto que me consideras tan perspicaz, Jorge! Tú no lo ves, pero llevo guantes. Con este estorbo en los dedos no puedo separar un folio del otro. Tendría que quitármelos, humedecerme los dedos en la lengua, como hice esta mañana cuando leía en el scriptorium y de golpe comprendí también este misterio, y debería seguir hojeando el libro así hasta que mi boca hubiera recibido la cantidad adecuada de veneno» (p. 442).

En el cuento del doctor Rubán de *Las mil y una noches*, un médico cura al visir, pero éste, aleccionado por sus envidiosos consejeros, lo manda decapitar porque cree que los medicamentos que le ha recetado le acarrearán la muerte. El médico, antes de ser decapitado, obsequia al monarca un extraño oráculo en forma de libro que éste también hojea humedeciéndose los dedos en la lengua porque las páginas estaban pegadas: «Obedeció el rey, comprobando que la primera página se había pegado a la segunda, por lo que se humedeció el dedo con la lengua para volver la hoja sin dificultad, operación que repitió varias páginas más, pero todo estaba en blanco. (...) Y el rey siguió humedeciéndose el dedo para despegar las hojas, hasta que hizo efecto el veneno impregnado en las páginas del libro. En eso el rey cayó al suelo presa de horribles convulsiones» (p.280).

Las coincidencias saltan a la vista: la curiosidad de los lectores y la forma de los asesinatos son, en este caso, las sombras que el autor árabe anónimo cernió sobre la novela de Eco. Estas semejanzas, sin embargo, no eclipsan la prodigiosa obra del italiano, la enriquecen más bien, al punto que hoy mismo millones de personas siguen celebrando la fecundidad y «originalidad» de la novela italiana más leída de los últimos tiempos.



«Torre Torre», madera policromada, 2,00 x 0,60

la bóveda celeste cubre también mi corazón

estoy metido en un carro
y veo sobre mí
la inmensa bóveda celeste

sé que soy
coso de la nada
y pienso en
lo inmenso que es la eternidad
lo infinito que es el infinito
en el infierno
y en el cielo

en la radio suena marisol
y con su carta de niña buena y movida
habla de un corazón contento
(bonita como luz
como
verano
dices)

debe ser la tarde
ya sabes

tarde en los tobillos
en las medias cubanas
de ellas
en sus cerquillos

por lo pronto
en el paisaje
todo está como previsto
las calles en su sitio
las gentes dando vueltas y vueltas
sabiendo a dónde ir
y yo
con un soliloquio
en la tarde de enero
acompañado de mi padre

él
atiende sus negocios
yo soy
la mano que sujeta
tras unas calles
asegurando su retorno a casa temprano

llegamos a Barrios Altos

un letrero inmenso me dice
que fanta es verano
amigos

en mis manos no hay amigos
fanta sí
verano también

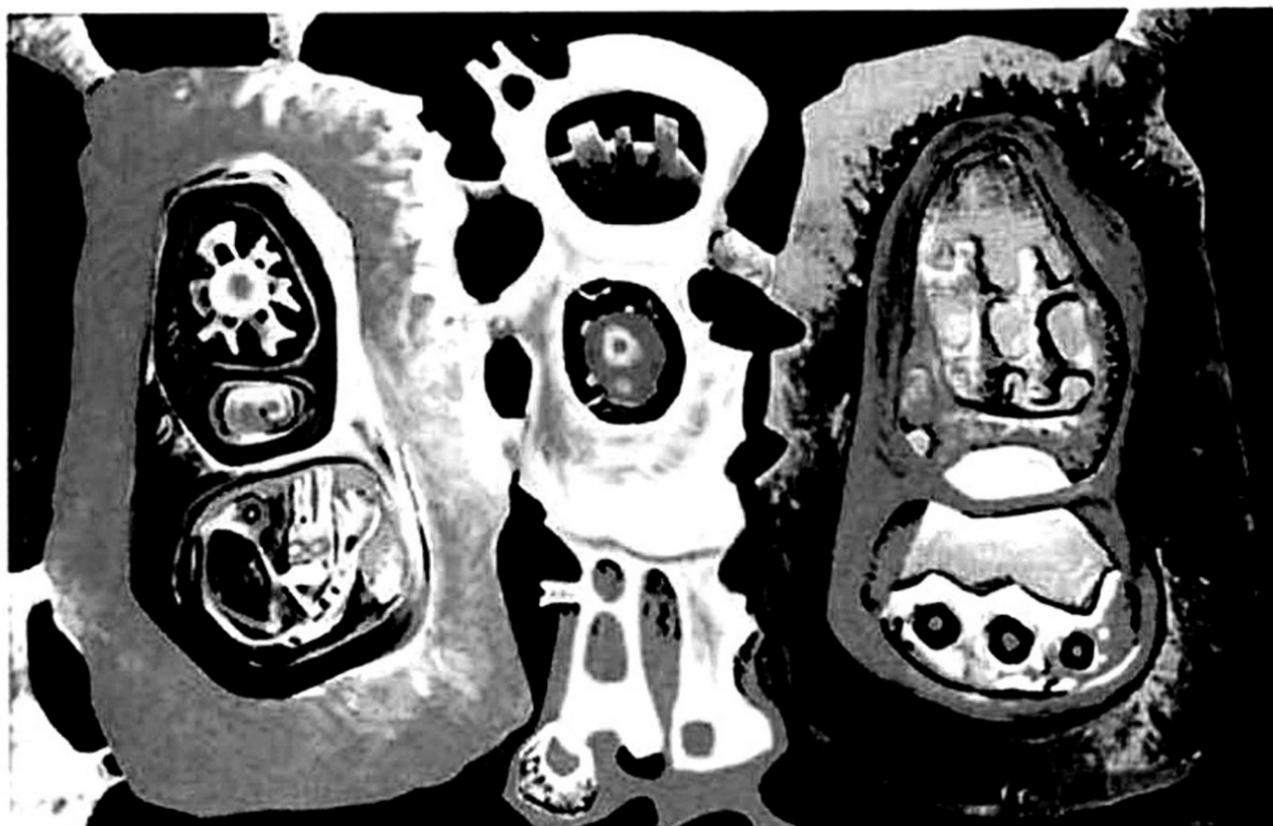
e imagino a mis hijos

qué les diré de la bóveda celeste
no debo asustarlos
con el infinito que nos espera
les hablaré
del verano
fanta
mi padre

y todo será bello

me digo que mi hija será como los sonidos de ma-
risol

flacuchenta
moviéndose al son del astro rey
para que mis huesos nunca tengan
ese olor
a muerte
que le crece
a toda
partícula
condenada
a ser nada
en la eterna bóveda azul
de la tarde



«La trinidad», óleo, 1.50 x 0.70 ms.

Poemas

Jaime Urco

camino de traición

de pronto
de sopetón
sin tener que ver
con la calle
el cielo
me lo dijiste

lo hice

entre el barullo del jr. de la unión
y el otro barullo que se armaba en mi cerebro
sólo vi
mi carne sola
y de refilón
al fondo
ruletas rusas
con un único viajero pegado a la luna
que de todas maneras
ahora sí
era una rodaja de queso

no dije nada
seguí caminando
sabiendo
que el mundo
el orbe
el universo
existe y son un culo de gentes
cosas
deambulando sin que yo sepa nada de nada
sin que yo sea vela en entierro alguno

camino solo

y sé que otro come de la mano
que una vez pense mía

cosmología

un parque: cánepa
unas calles: el porvenir

voy por las calles de la mano de mi hermana
le preguntó por el nombre de todo
señalo el cielo y ella dice papito lindo

las gentes
y dice
animalitos de dios

mis pies y dice
fango tristeza de donde salimos para ser de vez en
[cuando

luz
luna
si los astros lo quieren
casi sol
que ahonta no ves
y mañana tal vez sea

señalo mi pecho
y dice
crustáceo que no debes dejar caer sobre la mano de
[nadie

llegamos a casa
y dice antes de callar
no se le da vela al cuervo
jamás

al cuervo
jamás
y señala mi pecho

muerte en lunes y martes

prematuramente descubres que la vida es un cor-
[dón interminable de astros

todos igualitos

al igual que nosotros

los cuentos de lotería
la fama llenándote de moscas
no te sacarán del hueco azul marino casi negro

y sueñas
con que habrá hada madrina
arco iris
su olla de oro
y ella
la madrina
tocará tu puerta
y no serás la rata tras la puerta del inodoro
serás grande
con girasoles
satélites
clepsidras

a tus quince años
lo sabes
somos sólo
grasa
linfa
dermis

dermis que nos condena
a ser el pantalón a rayas

fuera de estación

sin marte luna
ni escotilla de satélite mayor
sólo momentánea física en el mar de la nada
en el mar de los muertos

un tranvía llamado desco

un muchacho en bicicleta
cruza la calle
pasa
como una hojalata
pasa

qué sabemos de su vida
de su peso
de su carbono

pasa

es verano
avanza

en su cabeza suenan
músicas
que son el paraíso
ninfas
que también son el paraíso

nadie habla
en su testa
mal nacidos
que clavan en mitad de la frente un puñal
un puto desprecio

su piel joven a lo sumo tose
transpira
se estira
indiferente al vaivén de las primeras escamas
que se van yendo al tacho para siempre jamás

la tierra
no ha recibido su hocico

vomitando miserias

cual viejo y noble tranvía
no arroja mortajas
sólo da vueltas
sin saber de horarios
prisas demoras
citas

da vueltas y vueltas

es verano
como siempre será en sus pantorrillas
en su ocio
en su inconsciencia de astros que caen se incen-
[dian y polvo

sobre polvo
lo aleja del viento de la playa
dando sus vueltas
ya en el séptimo cielo del manzano
él pasa

leyendo al maestro (charly ud. entre sus botellas y todo)

I

he vuelto a ser un alumno aplicado
y te releo

dice tu buena boca
"que solo nosotros [los poetas] somos de igual
[forma que los niños,
de límpido corazón y de manos inocentes"

pero así no es la cosa
maestro

hasta ud. saca mal su cuenta

los niños (dice freud

el otro maestro)
no son otra cosa
que misma carne (más pequeña)
misma miseria (igual o peor
suerte de por medio)
que este ojo del cosmos que somos todos

lo siento charly

los niños
son como todos nosotros
misma arena
que se escurre entre los dedos para irse a la nada
y eso es todo
y nada más sobre el orbe marino

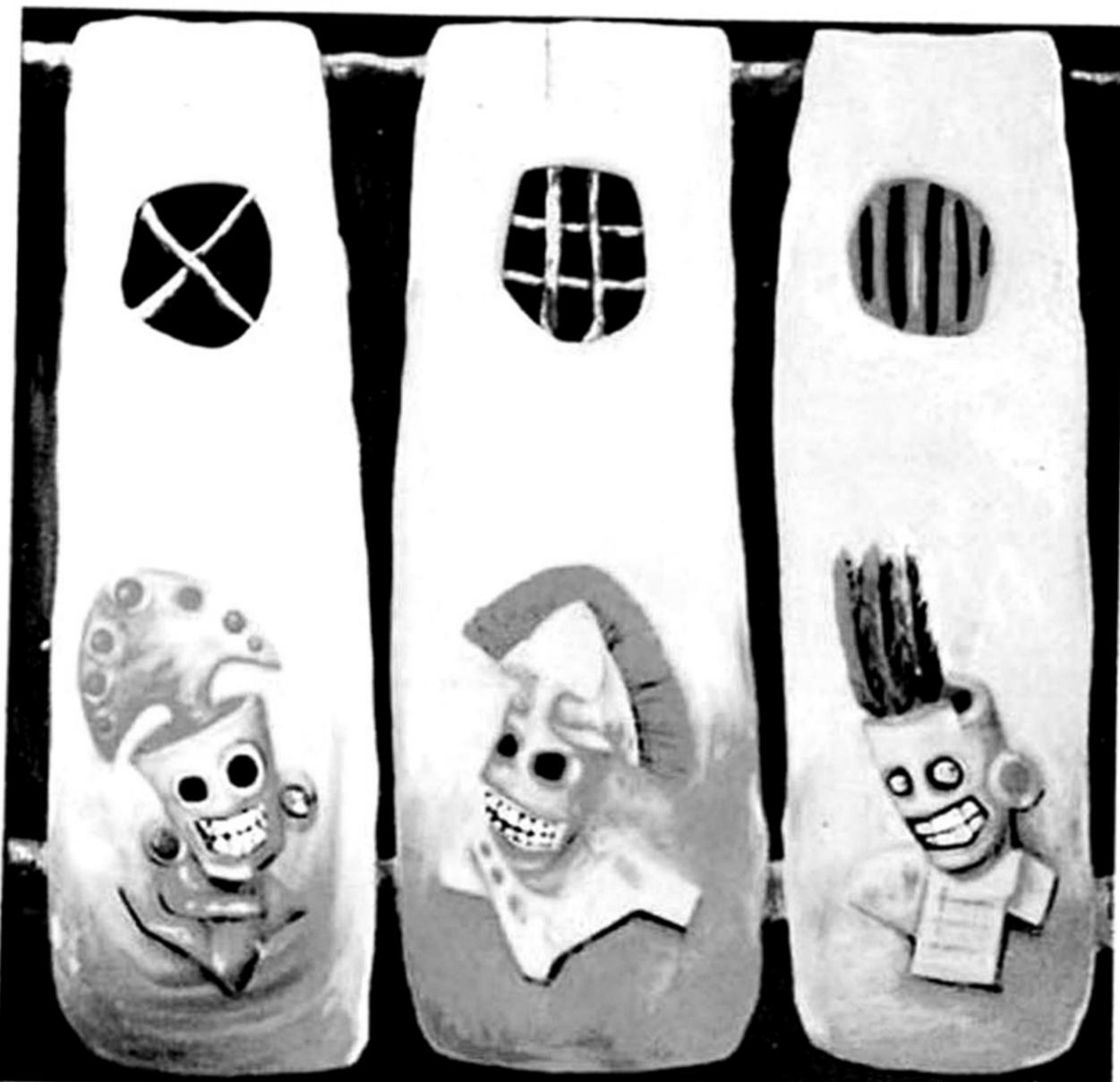
II

la inocencia
charly
estorba
no ayuda en nada
tiene la gracia de una zapatilla tirada en el camino

los borrachos
los niños
los poetas
tenemos un solo beneficio
hablar más de la cuenta
y eso es todo

nuestro corazón hace fon fon
como el del jurista

la música
bendito atributo
deja hablar a ese otro que está ahí
adentro de uno mismo
el viejo inquilino
que clama por su cerveza
su mujer
y su lugar limpio y bien iluminado



«Tres tristes incas», óleo, 1.50 x 1.50 ms.

-Velasco fue un hijo de puta.

No había duda, la lengua del viejo era como me lo habían anticipado: una ametralladora sin balas pero llena de puñales retorcidos y oxidados. No avancé mucho en mi investigación como lo tenía previsto, pero aquella tarde viendo al famoso Domingo Balarezo temblando la barbilla, los ojos fumigando veneno, supe que mi trabajo no iba a ser nada objetivo. Una vez más al diablo mis cinco años de universidad, al diablo la profesora Fabricia y sus clases de Deontología.

-Los apistas debilitaron a Belaunde en el congreso, y de ello se aprovechó el tacaleño ese para joder al Perú y a Piura, sobre todo. Pensar que la culpa de todo lo tiene Domínguez, ¿sabía usted que Domínguez lo salvó de morir ahogado en el río Piura cuando el resentido tenía nueve años?

Indudablemente los puñales del viejo han dado en el blanco pero yo trato -no sé si vanamente- que él no se dé cuenta.

-Suerte que el borracho lo mandó a sudar a su casa.

No intenté refutarle nada, era obvio que el odio a Velasco era lo único -como a muchos, según comprobarían después- que lo mantenía con vida y yo por esa época aún no pensaba en matar a nadie.

-¿Sabía usted que cuando juramentó sólo atinó a decir: sudaremos, sudaremos, sudaremos?

El viejo, no puede negarlo, es un poco atractivo, las canas encajan perfectamente en el dado amarfilado que es su cara. Lo he visto alguna vez por el "Arrecife", todo él, entrando sin mirar a



«Dioses materialistas», técnica mixta, 2,00 x 0,80 x 0,60 ms.

que bueno, seguramente los soldaditos eran una obra de arte y no estoy dispuesto a perder una oportunidad como aquella. El viejo se va calmando, sus ojos dejan paulatinamente de verme como la zambapala que hay que exterminar de un solo manazo. Han sido dos minutos realmente jodidos, es como si el silencio hubiera tirado sus medias contra la pared y éstas se hubiesen quedado pegadas exhalando un endiablado olor a pezuña.

-La dictadura le pagó hasta el último dólar a los extranjeros, en cambio a nosotros nos endilgó una sarta de bonos que ni para limpiarse el culo sirven.

A pesar de sus años el viejo se para sin dificultad y va en busca de sus benditos soldaditos. Yo por mi parte me acomodo mejor en el sillón y no puedo evitar -para variar- tropezar con el recuerdo de Giuliana; ay de mí, la liana va en busca de Giuliana pero Giuliana no está en la liana y yo perro infeliz me enredo en tu risita mañosona y no me queda más que ladrarle a la luna y acordarme de tus senos enormes como inexploradas colinas de Fiji. Yo posesionado en ellos, sudoroso y salvaje sintiéndome dueño del planeta. A veces creo que nunca me interesó nada más en la vida que tus senos, ellos fueron mi revolución, mi hamaca y cocoteros de Máncora, mi arena blanquísima de Lobitos, mi casa de madera con techo de hule embreado en Talara. En mis recuerdos nadie es más veloz que yo y cuando tengo tu pezón izquierdo en mi boca, en ese momento soy mariposa de mil irrepetidos colores, soy un dulce gavilán que borracho de amor conduce un camión de músicos hacia el olvido, soy...carajo, que cursi me he puesto. ¿En

Velasco entre las ramas

(Fragmento de la novela)

Houdine Guerrero

nadie. En una oportunidad Giuliana le sacó la lengua pero el tío ni se dio por enterado.

-Ustedes los jóvenes creen que lo saben todo, y no es así. ¿Usted ha leído a Ismail Kadaré?

Muevo la cabeza en señal de absoluta ignorancia. No puedo dejar que el viejo se desvíe. Me ha costado mucho conseguir esta entrevista. Como siempre la buena de Silvia, al ver que no avanzaba nada mi investigación, me consiguió la cita por intermedio de su tía "La sullanerita". Balarezo vive solo, encerrado en esta casona de la calle Lima; de cuando en cuando publica algunos artículos en "El tiempo" denostando siempre contra la reforma agraria.

-El cholo llenó al país de comunistas. Eso nadie lo puede negar.

Trago saliva. Mejor pienso en Giuliana. Un par de moscas surgen del quinto infierno y se dedican a joderme. Odio a las moscas. Si pudiera les arrancaría la lengua, les trituraría los ojos, bailarían sobre sus cabezas, arrancaría cada una de sus patitas. ¡Ah!, si pudiera, pero las muy pendejas no se

dejan, cómo vuelan las condenadas, vuelan y zumban como el recuerdo de Giuliana, ¿por qué Giuliana odiaba el mar?, ¿por qué la dejaba indiferente la arena de Lobitos? Es tan fácil adorar al mar, es tan fácil. Siempre que sueño con Giuliana la veo desnuda en la arena, a su derecha una cadena de rocas donde decenas de lobos retozan indiferentes a todo. El agua es mansa y cristalina. Algunas tortuguitas se enredan en el cabello de Giuliana pero ella no grita, no habla nada, sólo me mira y hay paz en sus ojos.

-Seguramente quiere ver a los soldaditos. No se preocupe, pronto se los mostraré.

De veras, no sé por qué miércoles me entusiasma la perspectiva de tener entre mis dedos los cachaquitos de Domingo Balarezo. Miguel Godos me ha contado que Balarezo tiene montones de soldaditos de oro con los que diariamente juega a matar a Velasco. Claro que Velasco se fue primero a la otra pero aún así Balarezo se erige en Dios y lo embosca día a día con la esperanza de cerrarle los ojos a Dios. Pero ¿sirven de algo las emboscadas?, la buena de Silvia y yo sabemos que las emboscadas no dan resultado; ayer por ejemplo Silvia me dejó

una nota que decía: "Somos dos fantasmas que buscan despedazar las sábanas que nos unen". Ay, Silvia, Silvia, Silvia, Silvia. Silvia es una mujer y las mujeres siempre hacen que el amor sea una batalla en la cual todos perdemos, y si por casualidad obtienes una victoria no es por esfuerzo propio sino porque así lo dispone el enemigo. Pensar en Silvia me ha quitado las ganas de ver o no ver a los benditos soldaditos; escribo benditos porque le tengo pavor a la palabra malditos que es en realidad el adjetivo que deseo emplear al referirme a ellos. Con la mejor de mis sonrisas le digo a Balarezo que no es necesario que me muestre nada, que mejor en otra oportunidad.

-Es que no habrá otra oportunidad, es más, si no fuese por Velasco, usted no estaría aquí hablando conmigo.

¡Chúpate esta! Me digo mentalmente y nuevamente trago saliva. Obvio que no lo dice sólo por la entrevista. Claro, viejo pendejo, si Velasco no hubiese expropiado sus haciendas hubiese sido impensable para él perder su tiempo conversando con un cholito de mierda, por más que el cholo se dijera periodista, era cholo y punto. No me es difícil recuperar mis sonrisas de cojudo y le digo

qué momento ha regresado el Balarezo? No lo he sentido. Creo que él tampoco se ha dado cuenta que ya regresó. Está sentado, con los ojos cerrados seguramente sumido en sus irreductibles e intransferibles recuerdos. Así con los ojos cerrados me parece más viejo de lo que lo he visto antes. Por mi parte ¿cuánto tiempo he envejecido recordando a Giuliana? Balarezo se despierta y con la mirada me señala el cofre que está en la mesita de centro. El cofre es pequeño, madera labrada repleta de dorados soldaditos. Es instantáneo el deseo de encaletarme uno de aquellos juguetes pero no lo haré de inmediato. Balarezo sigue en silencio, ha cerrado nuevamente los ojos y no sé por qué lo siento muerto. Me invade un temor cosquilloso, es como cuando de niño temía que me acusaran de alguna mataperrada, porque aún cuando no la hubiera hecho igual me sentía culpable.

El viejo se despierta de pronto y mirándome fijamente se levanta de su sillón y me pregunta.

-¿Por qué los payasos se pintan la cara?

No le respondo pero a Balarezo parece no importarle y ahora con las manos entrelazadas en su espalda se pasea por

su sala y habla y habla y habla; con las justas distingo una hormiga en su hombro o acaso ¿no sería correcto decir que una hormiga tiene un Balarezo en su cuerpo.

No creo que sea conveniente seguir conversando con Balarezo. Salgo de la casa sin despedirme. Es insostenible la gana de tomarse una cerveza. Camino por la Sánchez Cerro como alma en pena. Tengo que encontrar a alguien.

Encuentro a "Cochenchó" por la Loreto y me informa que ha visto a Gutarra y a Peña por el óvalo Grau, le agradezco con una palmadita en la espalda, me pregunta si vamos a ir donde "El golfo", le digo que es probable, que de todas maneras se dé su vuelta más tarde por allí. Se aleja con dirección al cementerio "San Teodoro"; tiene razón Peña. "Cochenchó" tiene buen pote, paradito, si fuera hembra estaría cañón.

Camino despacio. A lo lejos diviso a Peña y a Gutarra, están tirados en una banca del óvalo, se notan desganados. Los saludo y no pierdo el tiempo para nada; les propongo un cebiche en "El golfo", Peña acepta inmediatamente, Gutarra nos dice que primero lo acompañemos a comprar calcetines donde los ambulantes del "San Miguel". Les advierto que estoy sin un sol.

-Pero, si sabes firmar, ¿no? -dice Peña.

-Pero, conste que el Valeriano lo pagamos entre los tres -alego firmemente.

Caminamos sin prisa, como si nos pesaran los pies y eso que no hace nada de sol; es un día calzonudo. En la puerta de la Escuela de Bellas Artes nos encontramos con Rivas Farroñay. Si logro que me pague un billete que me debe hace once meses prometo ir a Ayabaca caminando. Nos saludamos, Rivas tiene cara de susto. Gutarra prefiere adelantarse y nos quedamos con Peña escuchando a Rivas, total no hay apuro y puede que se produzca el milagro.

-Casi me he matado hermanito. Cuidado carajo con morirme antes de que me pagues.

-Déjate de vainas, de verdad, todo fue tan rápido, no tuve tiempo de pensar en mi suerte, grité, sí pero para decirle al conductor del moto taxi que cuidado con la chica. Esta había salido embalada por la Gulman, seguramente creía que la pista se la habían regalado por navidad; cuando reparé en mí estábamos...

-Estábamos. Tú no estabas ahí pendejo, que manía de andar corrigiendo a la gente, bueno como les estaba contando, la he visto cerquita, suerte que el chofer maniobró bien, se tiró a la izquierda el puta, hizo una vuelta en "u" y felizmente no pasó nada.

-Qué piña la humanidad -dice Peña, muriéndose de risa. Rivas se hace el desentendido y lanza su sentencia de siempre.

-Mira Darío, el miércoles me cae un billete y allí sin falta cumplo contigo.

Qué se va a hacer, Rivas es un maestro de los préstamos. Le digo a Peña que ya es hora de ir a ver a Gutarra, Rivas entiende y se despide amablemente.

-No te olvides Darío, el miércoles. El miércoles, ¿de que año será?

Diviso a Gutarra en uno de los puestos de en medio, su figura es inconfundible: nadie usa un maletín tan jodidamente viejo. Me acerco despacio por atrás y veo que en la bolsa negra que tiene entre sus manos hay un par de calzones rojos. Seguramente tiene un plancito más tarde y va a emplear el cuento del calzón, cuento que nunca falla según Gutarra. No

se si Peña los ha visto, por mi parte me hago el cojudo.

-Apura Gutarra que se hace tarde. Gutarra se sobresalta.

-Le llevo los dos pares de medias.

La vendedora se sonríe. Gutarra paga y nos dice al toque:

-Sólo los acompañó un rato porque tengo que tomar examen a las cuatro.

-Faltan exactamente dos horas -dice Peña.

No hay mucha gente en el "Golfo". Pedimos de arranque dos cervezas. Nos sentamos en la mesa que está cerca al mural que pintó Lucho Córdova -dicen que Lucho comió un año entero por pintar ese horrendo mural. Peña siempre que puede raya el mural. Para variar les cuento que no me sale nada con respecto al trabajo sobre Velasco. No sé porqué pero prefiero no contarles mi entrevista con Domingo Balarezo.

-Velasco era corporativista -dice el lenguamocha de Peña.

-Y ¿qué es eso? -Gutarra, casi interesado, pero a mí no me engaña: está pensando en su plancito.

-El estado como rector de los trabajadores -Peña, pontificador, brillante sabelotodo menos como conseguir un aumento de sueldo -Velasco era Mussolini.

-Calla, mierda -yo, con cara de pocos amigos.

-Así decían en el partido pues.

-Los del partido eran una partida de cojudos.

-Quiero una gaseosa -Gutarra conciliador -no mejor, no. Una carne al jugo.

Gutarra llama a Wilson, el mozo, y le encarga la carne al jugo.

-Dile al señor Herrera que es para mí. No te olvides de conseguir pan.

-¿Por qué quieres escribir sobre Velasco? -Peña, picón, llenándose el vaso como siempre.

-No lo sé.

-¿Es una novela feliz?

-¿Qué novela es feliz? No seas cojudo.

Peña. Además no he dicho que quiera escribir una novela. Quiero escribir sobre Velasco y punto; puede ser un reportaje, una crónica, por último una canción, qué sé yo.

-Ahí está el punto. Nunca sabes lo que quieres.

-Estos vasos son irregulares. Si los ven bien tienen una punta -Gutarra, otra vez conciliador.

-Tanto que estás que jodes y jodes con Velasco, yo te pongo una caja de chelas si tú me dices de que pierna quedó mocho Velasco, ¿la derecha o la izquierda?

Ya me jodió Peña, ¿de cuál sería?, pero eso no importa. Pido dos cervezas con los dedos y le digo casi sin abrir la boca:

-Velasco se fue al cielo. Estoy seguro. No me importa la opinión de los demás.

-¿Ni la de *Caretas* que es tu biblia y la de Vargas Llosa que es tu Dios?

-Velasco está por encima de todo. El quiso cambiar el país pero no pudo. Sé muy bien que las ganas no bastan sino hace tiempo hubiese dejado de beber.

-Salud por eso -dice Peña y se caga de risa.

-Los cigarrillos son nada sin la caja de fósforos -Gutarra

-Colón.

-Huevón dirás -Peña, llenándose el vaso.

-Quiero cantar Gokú pasó por una fiesta a todos les dio, menos a mí.

-Así no es.

-No importa.

-Salud, por eso.

-Ah, muchachos, muchachos. La carne al jugo no ha estado mal.

Cojo un par de servilletas y trato de escribir algo.

-No hay cigarrillos -dice Gutarra como si fuera el fin del mundo.

-No jodas -le digo sin mirarlo.

-Ahora último no puedo estar sin fumar.

-Deja ya de escribir -Peña. Tiene el rostro colorado, no demora en gritar ¡Vamos Boys!

-Quiere escribir un libro servilleta -Gutarra. Lo estoy fulminando con la mirada pero no me mira el puta.

-Allí encajas bien con Chirimías Soto, él siempre se mueve entre las servilletas.

-Entre Wishkis, dirás.

-A propósito, ayer soñé que al miserable de Chirimías Soto, lo emboscaban y lo hacían volar en mil pedazos. Mi moral cristiana me indicó en la mañana que debía avergonzarme de mi sueño pero la verdad que no sentí nada que se pareciera a la vergüenza, sólo más hambre de lo normal. Desayuné satisfecho y decidí no olvidar aquel sueño.

-No seas cojudo, Darío. Habla de otra cosa, sabes bien que las paredes tienen oídos.

-No seas miedoso, carajo, ahora uno ya no puede ni contar los sueños.

-Angela Carrasco sacó el '80 un popurry sobre Cuba.

-No, fueron los Hombres "G".

-Párenla, carajo.

-Deja en paz a las servilletas. Nunca vas a llegar a nada.

Peña está insostenible. Busco ayuda en Gutarra. La consigo.

-Una vez estábamos donde el Manco Aldana, y a Gil se le ocurrió una idea: montar una obra de teatro baratísima. Consistía en instalar en el escenario una casa de vidrio y observar lo que hace cotidianamente una familia allí dentro.

-Cojudeces.

-Voy a pedir un seco de chavelo.

-No, comida ya no, mejor más cervezas.

-Yo si tengo hambre. Peña hace dar hambre.

-Oye y tu examen.

-Que esperen, total no todos los días se pueden escuchar tantas cojudeces juntas como aquí con ustedes.

Llega el seco de chavelo y el silencio es mortal.

Vaya, por fin un tema en común.

-Vamos a decírselo.

-Claro, si eso es lo que pensamos, tenemos que decírselo.

Quién lo diría. Algún día teníamos que ponernos de acuerdo en algo. Nunca pensé que lo que les había dicho como una provocación, como una forma de exasperarlos y dar por concluida la reunión, tuviera una aceptación a tabla cerrada, quién lo hubiera pensado, Gutarra y Peña ¡grandísimos y agradables cojudos!

-Vamos, pues -les digo fingiendo desganado.

Gutarra va adelante, no estoy seguro pero diría que va con paso marcial; es una vaina tomar poca cerveza, uno se queda picado, con ganas de seguirla. Nos hemos tomado apenas una caja y media. Peña va un poco más borracho que nosotros, ¡claro!, si se llena los vasos, le falta poco para que empiece con su tonada: ¡Vamos Boys!, si eso pasa lo abandono. Ya se divisa la plaza, a esta hora está casi desierta, la luz amarillenta de las farolas hace parecer que nuestras caras estuvieran cubiertas de mantequilla. Abrimos la reja. Subimos las gradas con cuidado, no estamos tan borrachos, pero por si alquieche, como dice Burneo. Ya estamos junto a él, lo abrazamos, es tan gordo que alcanza para los tres. Ahora si gritamos a todo pulmón y al unísono:

-¡Miguel Grau compañero!

Y nosotros respondiéndonos

-¡Presente!

Las luces del B & B nos guñan los ojos pero estamos misios y no creo que Pancho me aguante un mitrazo. Mejor me voy a la oficina, si no me equivooco no he terminado mi trabajo.



«Dios atrapado», técnica mixta, 3,00 x 2,00 x 1,50 ms.

Elogio...

¡Poeta! tu naciste para reír bajo las vides
 Para cantar victorias y triunfar en las lides
 y llevar el ensueño de canción en canción
 orlarte con coronas del laurel de las Hadas
 y llevar tus guedejas bajo el sol coronadas
 por las formas olímpicas donde ríe el Amor.
 Un haz de voluntades te llevó a otros vergeles
 y cantaste a otras razas y bebiste otras mieles
 junto a un río de plata donde se mira el sol;
 la Historia entre tus humos un perfume ha aspirado
 y un susurro de voces en el bosque sagrado
 anuncia el nuevo triunfo de un nuevo Anacreón.
 Heraldó de tu raza diste el primer acorde
 en la augusta trompeta y en la lira tricolorde
 donde las notas jugaron como en un humo sideral
 y hay en tu vieja estirpe, noble como el acero
 guerrero en la gloria y en la tierra un trovero
 fresco, joven y ardiente como una flor primaveral.
 Vayan mis versos pálidos a orlar serenamente
 junto a tantos laureles los rizos de tu frente
 cual susurro lejano de un modesto vergel,
 bajo la débil sombra de tu imperial corona
 que el arte, el talento y el amor eslabona
 con un simbólico laurel.
 Hubo en tu raza un hombre, precursor de la Historia
 que soñó tus canciones y presintió tu gloria
 entre águilas heráldicas y entre campos de azar,
 que imagino algo grande digno de tus hazañas
 y en el nido más alto de las altas montañas
 hizo un pueblo, poeta, donde nacieras tú!
 Recuerdo vagamente de un lejano momento.
 Fue un floreal. Tus canciones impregnaron el viento
 y yo vi ante tus versos la brisa sonreír,
 cantará a las doradas espigas de la lira...
 En el floral de entonces cantaste a Primavera,
 Y hoy, es la Primavera, la que te canta a tí!
 Ve por el mundo, bardo, y atraviesen tus rondas
 entre frescos jardines y entre aromadas frondas
 hacia el amplio sendero donde mora ilusión
 poeta que naciste para reír bajo las vides
 para cantar victorias y triunfar en las lides
 y llevar el ensueño de canción en canción!

Abraham Valdelomar.



Poema inédito de Abraham Valdelomar

Entre los papeles que guardara diligentemente el historiador queño Alberto Cavallita, coetáneo y entrañable amigo de Abraham Valdelomar, se encontraba el poema

"Elogio" que se publica en calidad de primicia en esta edición. El hallazgo final del poema se debe al poeta Jesús Cabel, estudioso de la vida y obra de "El Condé de Lemos".

Como un gusano

Enrique Chávez Matos

Tendido boca abajo en medio de la calle, como entre sueños, escucha la sirena del patrullero y recuerda las palabras de su madre: -Mejor quédate a dormir. No salgas. Anoche te he soñado mal.

Pero Lucio abrió la puerta y salió. La noche estaba calurosa. Caminó hasta la esquina más próxima y se apoyó en el poste del alumbrado público. Decenas de insectos revoloteaban alrededor de la bombilla eléctrica que desparramaba una luz amarillenta. Al rato tomó una mototaxi.

Cuando el vehículo cruzaba velozmente La Alameda y el fresco nocturno lo bañaba en ráfagas, Lucio sacó el revólver de abajo de la camisa, a la altura de la cadera, y revisó el tambor. De pronto, se le vino a la memoria el suceso: la puerta del cuarto del hotelucho abierta de un patadón, el susto, los uniformados con pasamontañas y metralletas, los gritos, él aplastado ya contra el maderamen del piso por una bota militar, el habitáculo rebuscado de arriba abajo, y la voz: aquí hay merca, mi capitán, ya se jodió. Y luego de una semana preso, salió libre de la base militar, sin el dinero y sin la droga, y ahora lo mandaba llamar el Blanco.

-Compadre, ya llegamos -dijo el chofer de la mototaxi.

Lucio pagó y bajó. A un lado del bar estaba cuadrada la camioneta del Blanco y se oían débilmente los compases de un bolero cantinero. Lucio se paró en la puerta. Perico y Juano bebían de pie en el mostrador, dos parroquianos brindaban en medio del local y al fondo estaba sentado el Blanco.

Ingresó. Perico y Juano le revisaron las ropas poniéndolo contra el mostrador, mientras lo saludaban. El revólver se queda aquí nomás, le dijeron, nadie lo va a robar. Ordenes del jefe, tú sabes.

-Confía en nosotros, tus patas -dijo Juano-. No va a pasar nada.

Lucio avanzó desarmado entre mesas y sillas, pasó frente a los dos borrachos que continuaban brindando y diez pasos más adelante se plantó. El Blanco terminó de beber, bajó el vaso estrellándolo contra la mesa. ¿Ves lo que pasa cuando se confía en una mierda como tú? Yo no tengo la culpa, Blanco, yo no tengo la culpa. El Blanco se sirvió abundante cerveza, ¿crees que esto se va a quedar así?, bebió un sorbo, ¿eso crees, mocosito de mierda?, y escupió. Lucio miró hacia la puerta de calle, yo no quiero tu perdón, Blanco, los parroquianos continuaban chocando sus vasos en el aire, sólo quiero que tengas en cuenta que muchas veces me he jugado el pellejo por tus negocios. Perico y Juano no se habían movido del mostrador, ten en cuenta eso, Blanco, te voy a pagar la pérdida, tampoco seas un desagradecido. Blanco enrojeció y sus ojos relampaguearon de ira. ¿Te sacó libre y tienes la conchudez de hablarme de ingratitud conchetumadre?

-El gusto que me voy a dar algún día, maricón -agregó el Blanco-, es verte arrastrándote como el gusano que siempre has sido.

Lucio se enfureció, ¿qué te crees, desgraciado hijo de puta, para insultarme?, ¿qué mierda te crees? No necesito de tí. Blanco, vas a ver. Dio media vuelta y caminó a trancos y la voz femenina del parlante: y se burlaba de ti cuantas ve-

ces querías... y te besaba fingiéndote querer... Tomó su revólver del mostrador, entre Perico y Juano, y abandonó la cantina.

-El muy huevón de Lucio acaba de largarse y Perico se viene a mi mesa y me dice: ¿jefe, ya? Yo le digo: aguántate un ratito. Saco un cigarrillo y al toque aparece la mano de Perico con la llama de un encendedor. Hay personas que piensan que uno caga plata y, encima, que esa plata es para botarla. Empuño mi vaso y veo que está vacío. Perico se da cuenta y coge la botella y sirve hasta que la espuma se derrama por los bordes. Si mi gente va a hacer lo que se le venga en gana y mentarme la madre, entonces yo estoy por las puras huevas. Y no faltará alguien por ahí que se ponga a decir que el Blanco se ha ablandado, que no da para más en el negocio, que le encanta botar el dinero. Perico se impacienta y dice: la gente debe estar esperando para hacer el trabajito, jefe. Suelto una bocanada de humo y agarro mi vaso de cerveza. Pregunto a Perico: ¿qué ha sido de las balas? Él llama a Juano, quien viene y deposita sobre la mesa mugrienta siete balas. Levanto mi vaso y hago pasar la cerveza de un solo trago y digo: vayan ya.

En la vereda Lucio encendió un cigarrillo y se echó a andar en busca de una mototaxi. Avanzaba por el medio de la calle en penumbras. Escuchaba el murmullo monótono del río Huallaga. A dos cuadras de La Alameda, se percató de que alguien lo seguía. Su mano tanteó la cintura y se posó en la cacha del arma como una mariposa. Sobre la marcha giró la cabeza y miró de soslayo. De las sombras salieron dos hombres armados con palos. Lucio sacó a relucir el revólver. Movié el seguro con el pulgar. Otros tres tipos le cerraban el paso más abajo. Alzó el arma, apuntó a los tres que subían de la Alameda. Aplastó el gatillo con el dedo índice, pack, y la bala no salió ni brilló el fogonazo. Pack pack, pack pack pack, y nada. El revólver no estaba cargado. Los cinco hombres ya lo estaban cercando. Lucio corrió hacia una pared. Apenas dio tres zancadas con la ligereza de un tigrillo, recibió un varillazo de fierro de construcción en la pierna. Rodó levantando polvo. Desde el suelo vio cómo los palos y fierros giraban en el aire y zumbando se acercaban hacia él. Abrió la boca para gritarles: ¡cabrones de mierda!, y un golpe en la nuca lo desmayó.

Ahora, botado en la calle, a media madrugada, Lucio vuelve en sí, lentamente. Parpadea. Tiene la visión borrosa. A cada segundo que pasa, escucha más claramente la sirena del patrullero estacionado a dos metros de él, con los faros encendidos. Reconoce vagamente el sabor de la sangre en su boca. Recupera poco a poco la sensación de su cuerpo y con ésta lo invade un dolor voraz. Piensa en los sueños de mal agüero de su madre y en la venganza. Escucha decir a un policía:

-Yo no soy médico, pero a mí se me hace que este pata no va a volver a caminar. Le hicieron mierda las rodillas.

Lucio exhala una queja lastimera y rabiosa.

Canto a la paloma del elefante

Gloria Mendoza

Madre nativa abrirá nuevos surcos (1)

Aquí empieza
su origen
desbordado
de algas
en playas marinas
donde se desliza
su nombre
Frida Kahlo

cuando nació
fue erizada
por el viento
la madre enfermó
la niña amamantada
por una nativa
su pequeño cuerpo
acunado en una canasta
oh nana
luna del lago Tehuantepec.

El recuerdo enciende (2)

De sus pezones
la leche cae como del cielo
Frida
sintió en su sangre
a la indígena
la pintó
la amó
la retocó
sintió dentro suyo
la herencia mexicana
así
brotaron
sus primeros trazos
sus primeros sueños
entre púas
sus primeras aventuras
desgarradas
donde la sombra tiembla
porque el sol lame
todos los caminos.

Frida a los seis años (3)

Fue sobrecogida
por la polio
se le marchitó
la pierna derecha
patinaba
subía árboles
cantaba
lideraba entre los niños
la llamaban
'Frida pata de palo'
desde entonces
vestía faldas largas
y típicas
para ocultar
su 'pata de palo'
árbol deshojado
por la lluvia de Coyoacán
paloma herida.

Preludio matinal (4)

Incendiaria
auténtica
nacionalista
irreverente
llega a tu vida Diego

ella y él
río enlazado
cruzan puentes
se apresuran
buscan
traslucidas playas
se abren camino
entre las piedras.

Tormenta a deshora (5)

A los dieciocho años
accidente en bus
la sacudió
el grito de Frida
ahogó México
traspasó montañas
clavícula y tres costillas rotas
ocho fracturas en el pie enfermo
pierna dislocada
zafado el hombro izquierdo
pelvis fracturada en tres partes
la vagina atravesada
por barra de hierro

el grito de Frida
se grabó en las rocas
se deslizó en el río
se ahogó en México.

Reconstruida Frida (6)

En su matrimonio
vestida con traje campesino
diseño de mujeres de Tehuantepec
Diego el muralista
enciende la soledad
ella 22 el 42

gira tu corazón
entre iluminados girasoles
hoz y martillo
en la lucha
por los pobres del mundo
danza de la sandunga
pintora
la leña tehuana arde
los designios
se multiplican
en el agua.

Dulce llovizna (7)

Frida Kahlo
comienza sus autorretratos
cejiunta y bella
viaja a California
San Francisco
Nueva York
dulce llovizna

en sus bocetos

dulce tristeza
el niño
es una flor congelada
en su vientre.

Otras voces preñando la mañana (8)

John Dos Pasos
Leon Troski y Natalia
André Bretón
Tina Modotti
preñando tu mañana

las casas de Frida
recintos forzosos
de escritores y artistas

ella es la mujer
la de la trenza negra
que dora la mañana
a los buscadores de la luz
a los que trajinan
en el socialismo
a los que descubren
el lenguaje
del aguacero
o del fuego.

Nuevos derrotados (9)

Frida empieza
a consagrarse
expone
se nutre de energía

un espejo frente a su cama
se autorretrata
pinta su entorno

el autor de 'Nadja'
André Bretón
queda pasmado
'Autorretrato con chongo
y loro'
la declara surrealista

expone en Nueva York
Francia
Frida enferma

tenía osteomielitis
pinta 'Diego y yo'

Diego la arulla
como a niña
baila como oso
alrededor del lecho

los ojos de México
están cargados
de olas extraviadas.

Amigos (10)

Acuden a su taller

María Félix
Dolores del Río
Jorge Negrete
Frida se moviliza
en silla de ruedas

ellos
atrapados
en los lienzos
diluyen el dolor de Frida.

Espeluznante pintora (11)

Avanza la enfermedad
Le organiza una exposición
'Galería Arte Contemporáneo'
ella llega en ambulancia
con escolta
y en camilla
con traje tehuano
presidió la presentación
desde su cama
oh Frida
con la pierna amputada

en sus cuadros
exuberante vegetación
lianas/ flores/ frutas/ raíces
pájaros de brillantes plumas
espeluznantes búhos
niños muertos y autorretratos
desfile disonante de imágenes
Frida la tehuana
ha vencido los relámpagos
del cielo mexicano.

Incandescente vida (12)

Frida
'pata de palo'
paloma herida
hace vericuetos
a la muerte
danza extraños rituales aztecas
paloma herida ocultando en sus alas
lo que los labios ya no pueden hablar
paloma herida desde el inicio de la
historia
paloma de Diego el elefante

piezas precolombinas
en el llanto del patio
silencio macabro
en los bastidores
los pinceles peinan
el dolor de los caracoles empotrados
en los muros
de la Casa Museo

Frida amaneció
en brazos
de los dioses de Tehuantepec
Diego deshoja la eternidad
paloma deambula por el cielo mexicano

Precolombina: recuerda la presencia de los aztecas.
Caracoles: recuerda a los mayas (símbolo: dios del agua).
Coyoacán: pueblo de origen de Frida.
Tehuantepec: comunidad indígena.
Sandunga: danza folclórica mexicana.

COLOQUIO SOBRE LA POESÍA PERUANA ACTUAL

El Departamento Académico de Lingüística, Literatura y Arte de la Universidad Nacional del Centro del Perú y la revista *Ciudad Letrada* organizan este Coloquio, con la intención de evaluar el proceso de la literatura en los últimos veinticinco años. En este caso, el de la poesía.

El temario del Coloquio es el siguiente:

- La poesía peruana de los últimos veinticinco años;
- La poesía femenina: temas, corrientes y estilos;
- La poesía escrita en provincias;
- La poesía escrita en español y en quechua
- El centralismo de la crítica literaria.

El cronograma es como sigue:

MIÉRCOLES 6 de junio de 2001

De 9.00 am. a 12.30 pm.

Julio Nelson: "La poesía y el mundo"
Rosina Valcárcel: "Precursoras de la nueva poesía peruana"

Marcial Molina: "La poesía en Ayacucho"

De 4.00 a 6.30 pm.

Cecilia Bustamante: "El centralismo en la crítica"

Marita Troiano: "La voz de Carmen Luz Bejarano"

Dalmacia Ruiz Rosas: "Lectura de la poesía de los últimos veinticinco años"
Gloria Mendoza: "La poesía andina femenina"

PRESENTACIÓN DE LIBROS:

6.30 pm.

Paseo de sonámbula de Rosina Valcárcel

RECITAL DE POESÍA

De 7.00 a 8.30 pm.

Samuel Córdich Marita Troiano
Marcial Molina Gloria Miranda
Rosina Valcárcel Julio Nelson
Dalmacia Ruiz Rosas

JUEVES 7

De 9.00 am. a 12.30 pm.

Juan Cristóbal: "La poesía de los sesenta, un antecedente"

Dida Aguirre: "La poesía femenina, escrita en español y en quechua"

Boris Espezuza: "La poesía en Puno"

De 4.00 a 6.30 pm.

Jorge Luis Torres: "Evaluación de la poesía subregional chanca"

Ana Varela Tafur: "La poesía en Loreto"

Luis Vargas Durand: "En torno a Luis Hernández"

PRESENTACIÓN DE LIBROS

Jaravi de Dida Aguirre
La danza de los balseros de Gloria Mendoza

RECITAL DE POESÍA

De 7.00 a 8.30 pm.

Juan Cristóbal
Ana Valera Tafur
Boris Espezuza

Dida Aguirre
Jorge Luis Torres

VIERNES 8

De 9.00 am. a 12.30 pm.

Ana Bertha Vizcarra: "Género y poesía"
Diana Miloslavich: "Publicar o desaparecer: un dilema de las poetisas mujeres"

Doris Moromisato: "La escritura como migración y refugio: ¿Es la literatura la tierra de marginales y excluidas?"

De 4.00 a 6.30 pm.

Tulio Mora: "La poesía de los sesenta"
Carmen Ollé: "Panorama de la poesía escrita por mujeres en los últimos veinticinco años"

Rocío Silva Santisteban: "La madre en dos poemas de Blanca Varela y Giovanna Pollarolo"

Jorge Pimentel: "Testimonio"

PRESENTACIÓN DE LIBROS:

6.30 pm.

Mitología (reed.) de Tulio Mora
Voces de la otra orilla de Ana Varela Tafur

RECITAL DE POESÍA

De 7.00 a 8.30 pm.

Jorge Pimentel
Tulio Mora
Carmen Ollé
Rocío Silva Santisteban
Doris Moromisato
Ana Bertha Vizcarra

SÁBADO 8

De 9.00 am. a 12.30 pm.

Giovanna Pollarolo: "Clorinda Matto de Turner, una de las primeras escritoras peruanas"

Yolanda Westphalen: "La poética de César Moro"

Jaime Urco: "Iceberg: una utopía del lenguaje poético"

RECITAL DE POESÍA:

De 4.00 a 6.30 pm.

Carolina Ocampo
Giovanna Pollarolo
Jaime Urco
Flor de María Ayala
Enrique Ortiz
Carlos Mendoza
Rosa Iñigo
Gerardo García Rosales
Nicolás Matayoshi
Sergio Castillo

HOMENAJE DEL CONCEJO PROVINCIAL DE HUANCAYO

7.00 a 9.00 pm.

Noche de gala de la cultura

Las sesiones se efectuarán en el Auditorio de la Municipalidad Provincial de Huancayo. Aparte de los debates de las ponencias, recitales, presentación de libros, habrán conversatorios informales entre los escritores y los estudiantes. Además, se obsequiará libros a quienes respondan acertadamente preguntas sobre literatura. El horario programado se cumplirá estrictamente.

LIBROS

PUNO

Más allá de las nubes: novela de Jorge Flores Áybar

Si hay una literatura escrita en provincias que está en proceso de actualización y modernización esa es la de Puno. Uno de sus autores es Jorge Flores Áybar (Puno, 1942), quien se inició como poeta en el Cuzco, a la sombra de Luis Nieto, Andrés Alencastre, Gustavo Pérez Ocampo y Raúl Brózovich. Pertenece a la más vigorosa generación de escritores cuzqueños y puneños que surgió en los años del '70 y que integran Enrique Rosas Paravicino, René Ramírez Lévano (ya fallecido), Américo Yábar, Juan Alberto Osorio, Ana Bertha Vizcarra, Gloria Mendoza y Omar Aramayo, entre otros. Flores Áybar publicó su primer poemario *Obaydina*, en 1969, en homenaje a su madre. Luego, vendrían *El vuelo de aytí* (1970) *Oración prohibida* (1972) y *Poemas sin rostro* (1977), todos ellos reunidos ahora en *Las huellas del tiempo* (2000), editado en Bolivia.

Paralelamente, escribió cuentos que iban saliendo en revistas o publicados en forma de libro: *La tierra de los vencidos* (1987) y *Dos narradores en busca del tiempo perdido* (1990), al alimón con Feliciano Padilla Chalco.

Jorge Flores Áybar ha sido -y sigue siendo- uno de los principales animadores de la vida literaria en Puno, a través de las revistas *Titikaka* -cuya dirección compartió con Luis Gallegos- y *Apumarka*, vocero de arte y literatura de la Universidad del Altiplano, donde enseña literatura. Desde allí emprendió una apertura hacia nuevos horizontes culturales.

Hace dos años sorprendió a la crítica con su libro *La novela puneña en el siglo XX* (1998), editado también en Bolivia. Es el trabajo más serio que se ha escrito hasta ahora sobre la narrativa de una región, pese a que Puno (tierra de grandes poetas y músicos) no es un departamento que se distinga mucho por su prosa de ficción. Y las pocas novelas que existen son todavía de molde tradicional. Por eso, como para demostrar que es posible componer desde la provincia una novela diferente, experimental e innovadora, el mismo Flores Áybar entregó, poco después, *Más allá de las nubes* (1999), a la que queremos dedicar esta nota. En efecto, *Más allá de las nubes* es el primer intento de escribir una novela moderna en Puno. Con esta obra el autor rompe los viejos cánones de la narrativa indigenista, costumbrista y realista. Flores Áybar, como Feliciano Padilla (siguiendo sin duda a Mario Vargas Llosa) concibe la obra literaria como una recreación o reinención de la realidad, es decir, como producto de ficción. A diferencia, por ejemplo, de Luis Gallegos que, en *Las plagas y el olvido* (1998), utiliza la forma novelesca para exponer la historia real de un cacique y una ciudad del sur -con intención satírica y crítica, claro está-, Flores Áybar parte de ciertos hechos de la vida social para configurar una realidad puramente verbal y autónoma, o sea, para crear un mundo donde no existen fronteras entre la realidad y la fantasía. Los referentes reales se hacen presente cuando el protagonista visita a Samuel Frisancho en la redacción del periódico *Los Andes* y cuando alude a las ciudades de Puno,

Arequipa y Cuzco, bajo los nombres de Apumarka, Yuracmarka y Rumimarka, respectivamente, y cuando teoriza sobre filosofía, política e identidad cultural.

En el aspecto formal, desecha igualmente las técnicas tradicionales de narrar, como la historia lineal, el relato en tercera persona omnisciente, incorporando por el contrario recursos y procedimientos de la novela actual: la diversidad de perspectivas, la narración en dos bandas, el juego con el tiempo, el *flash-back*, etc. Todo ello, expuesto con una prosa bien trabajada, briosa y funcional.

Más allá de las nubes es una fabulación sobre los tiempos de violencia, al igual que *Rosa cuchillo* (1997) de Oscar Colchado, *El gran señor* (1994) de Enrique Rosas Paravicino, *Catequil* (1996) de Miguel Garnett y *Fuego y ocaso* (1998) de Julián Pérez. Sus personajes centrales son dos jóvenes que han salido de una comunidad aimara: Alexander Petrova, poeta y periodista, y Malika, pintora y luchadora social. Por circunstancias diferentes, ellos van a parar primero a un convento y luego a una capital de departamento, donde Malika se enrolará en un partido político, mientras Alexander se dedicará al periodismo y la literatura. A continuación, se desarrollan los episodios (el romance entre los dos jóvenes, las acciones subversivas, las persecuciones) con los que se teje la novela. La historia está narrada en dos bandas, desde el punto de vista de los mismos protagonistas (la de Malika va en cursiva) y con retrocesos temporales (recuerdos y evocaciones, en forma de *taconitos*), con el fin de interiorizar en la vida privada de los mismos. El planteamiento es, ciertamente, interesante: el problema es que no todos los mecanismos narrativos están bien articulados y la novela se escapa a veces de las manos.

El tema es, desde luego, apasionante, pero sentimos que no está desarrollado a fondo. Los personajes se diluyen pronto y terminan sus vidas en forma incierta. La historia misma concluye en el limbo. Alexander no tiene la talle del personaje épico: es demasiado opaco y sin carácter; Malika, la figura más simpática, pudo ser la heroína, pero su paso por la historia es demasiado fugaz. Habría sido deseable que el autor se centrara en estos personajes y ahondara más en sus vidas. Lejos ya de ellos, la novela finaliza con un episodio fantástico, donde Jorge Luis (un actor secundario) y el perro Siwayro vagan por el "valle de las ánimas" o "país de los muertos", entre nubes y nevados. En el trayecto se encuentran con muchos hombres que "venían volando en nubes blancas" y a la cabeza de ellos Gamaniel Churata, quien hablará sobre la identidad andina. No sabemos si este pasaje es una proyección alucinada de Jorge Luis, quien está enfermo y con fiebre, o una fabulación libre del narrador.

Sea como fuere, lo cierto es que con esta novela Flores Áybar ha abierto un nuevo camino a la narrativa en Puno que habrá que seguir de cerca. [M.J.B.]

Jorge Flores Áybar, *Más allá de las nubes*, Artes Gráficas Sagitario, La Paz, 1999, 188 pp.

HUANCAVELICA

Plata púrpura de Mariano Patiño

Huancavelica no tiene una gran tradición literaria. A pesar del notable esfuerzo que Isaac Huamán Manrique ha hecho para compilar y exponer su producción, la cosecha que obtuvo es relativamente parva y escasamente trascendente. Lo mejor sigue siendo su expresión oral*.

Solamente en estos últimos años ha empezado a cobrar forma y a tener presencia, con Zein Zorrilla, Dida Aguirre, Antonio Muñoz Monge y José Oregón Morales, coincidentemente todos nacidos en la provincia de Tayacaja.

Ahora, tenemos a Mariano Patiño (Huancavelica, 1928), quien viene a revelarse tardíamente como escritor. Hace tres años publicó *Plata púrpura* (1997), una interesante novela que lamentablemente no tuvo la difusión ni los comentarios críticos que merecía, tal vez, porque el autor no era muy conocido en el mundo literario; o porque

no se interesó en pregonar su obra; o, sencillamente, porque el destino de los libros de provincias suele ser el limbo del anonimato.

Mariano Patiño es ingeniero mecánico de profesión. El no tuvo una formación literaria, digamos, continua y sistemática. Ingresó a la escritura por azar, de manera espontánea y casi instintiva, guiado únicamente por sus facultades innatas de narrador. El declara, con cierta modestia, que *Plata púrpura* es "la obra de un advenedizo metido a escritor", construida "sin ninguna experiencia en la materia" (8).

Sin embargo, lo primero que sorprende en esta novela es la destreza del Mariano Patiño para urdir una historia y contarla con mucha gracia y amenidad. En estos últimos tiempos, a los autores de cuentos y novelas -sobre todo, a los de carácter experimental-, se les ha dado por

suprimir la historia, el personaje central y el argumento, reemplazándolos por largas disquisiciones e impresiones monologantes que más parecen prosas poéticas que otra cosa, carentes de todo interés novelesco. Mariano Patiño, en cambio, procede como los narradores del siglo XIX: inventa un argumento atractivo y sugerente y lo expone con inusual brillo y soltura. El no sabrá de técnicas y recursos formales alambicados, pero posee el don natural de narrar.

Plata púrpura tiene una historia y un personaje protagónico. Los hechos son expuestos en estricta secuencia lineal y en dos planos: uno real y otro ficticio. Empieza con el relato de la sublevación aprista que se produjo en Huancavelica, el año 1934. "Se inició—explica el mismo Patiño— cuando al tratar de describir lo sucedido en una revolución armada que se dio por ahí con víctimas que lamentar, me vi imposibilitado de explicar algunos de los episodios, ocurriéndome la idea de inventar un personaje, el que convertido en protagonista, me fue llevando por donde quiso..." (7).

Los primeros capítulos se refieren a esta sublevación, tal como sucedió, narrada en los términos más objetivos y puntuales. Es la primera vez que se revive en forma novelesca un episodio violento de la historia

de Huancavelica. Lo único que ha hecho el autor es cambiar los nombres de los actores, porque muchos de ellos fueron personas muy conocidas del lugar.

Luego, abandona la historia real para internarse en el campo de la pura ficción. Uno de los participantes en la asonada es el profesor Enrique Navea de Pinedo, quien escapa y se oculta en un pueblo alejado de las serranías, retomando su verdadero nombre de Rosendo Moreto. En Qantupata, el pueblo imaginario, llega a acumular, de la noche a la mañana, una enorme fortuna, como sólo puede ocurrir en *Las mil y una noches*. Moreto se establece allí como fotógrafo ambulante y se compromete sentimentalmente con una profesora, heredera de una pequeña hacienda, donde se dedica a explotar las minas abandonadas desde la Colonia.

Como en los folletines, en que no todo es felicidad, también en *Plata púrpura* el idilio se ensombrece pronto, cuando Moreto es reconocido por un policía y apresado. El proceso judicial concluye y Moreto es declarado inocente. Regresa al pueblo, donde es recibido como un santo y héroe.

Estructuralmente, el relato debió acabar aquí. Pero, el autor volverá una vez más a la vida real, para exponer otros hechos que corresponden a la historia

reciente del país y que no tenía por qué consignarlos en la novela. Es un agregado que no funciona novelísticamente, es decir, artísticamente, porque destruye la magia y la ilusión que el relato había creado.

La novela tiene un fuerte aliento campesino. Su endeudamiento con la literatura indigenista es muy visible. Abunda en tópicos sobre creencias mágicas, mitos y leyendas; incluye además episodios sobrenaturales y prodigiosos, como los milagros de San Isidro y la presencia de "los aparecidos". Y su lenguaje está recorrido de términos, modismos y expresiones quechuas. Por lo demás, el narrador está siempre presente, juzgando, comentando y haciendo digresiones en torno a los hechos expuestos. En lo cual también muestra su carácter tradicional.

De hecho, es una novela que funde costumbrismo, regionalismo, indigenismo y la más pura ficción. Su prosa, sin ser artística ni trabajada, es sorprendentemente fluida y funcional, lo que permite una lectura fácil y entretenida del relato. [M.J.B.]

Mariano Patiño Paul Ortiz, *Plata púrpura*, s/e., Huancavelica, 1997, 354 pp.
"Isaac Huamán Manrique, *La voz del trueno y el arcoiris*, *Literatura de Huancavelica*, Pachakuti editores, Lima, 2000

LIMA

Agüita 'e coco: Relatos de nostalgia, al filo de una rockola cantinera

Por fin un libro de relatos distinto a muchos, de aire y vuelo original, de presencia sólida, donde cada historia (testimonial), sostenida y contenida en una prosa de carisma popular, marginal, de tono zumbón, azambada y reilona, pero de magnífico vuelo literario, se nos presenta ahora y luego de algunos años de habernos deleitado con la también sabrosa escritura de *Canto de Sirena*, de Goyo Martínez, *Monólogo desde las tinieblas*, de Antonio Gálvez Ronceros, *Barrío de Broncas*, de José Antonio Bravo, o de *Que te coma un tigre*, de Augusto Higa.

Agüita e coco, es distinto a muchos porque no se emparenta ni se enmarca en el contexto de los recientes libros de narrativa aparecidos en los últimos años. Los ámbitos que éstos tocan son los de los jóvenes drogados, fumones o malditos, en las discotecas de Miraflores, San Isidro o Barranco; ni asume sus problemas ya consabidos: quiebre de la armonía familiar, frustraciones existenciales, conflictos de identidad y de homosexualidad, trasnochadas en sexo y droga; fiestas gays, broncas malditas, donde en suma se percibe la conciencia en caos de una media a veces acomodada o aspirante a ella.

Agüita e coco, lo conforman 13 relatos, precedidos cada uno de ellos por un epígrafe, generalmente la estrofa de un conocido bolero clásico latinoamericano; cada uno de los relatos, además, está configurado con la técnica del monólogo, siempre herido, nostálgico y con aliento íntimo, confidencial —y expresado acaso al pie de la rockola y de la última botella de cerveza— y en un tono, también, de quien ya trajinó la vida, de quien ya recorrió todos los bares —los buenos como los malditos— los bulines, las esquinas de mala muerte; un tono, un

timbre de voz, una pena de quien, además, se confiesa que cumplió a mucha honra con los trabajos y labores más humildes y que, pues ahora se desahoga y desea contar su vida con todas las peripecias sufridas, con todas sus derrotas y pequeños triunfos; en un tono de pesadumbre y secreta alegría de quien también disfrutó mucho de parrandas, comidas, tragos baratos, como de los vinos más finos y de las mujeres más alegres y jaraneras. Sin embargo, el lector percibirá además, tras cierta patina de tristeza, el sentimiento dolido de quien sabe que ya cumplió con su vida y rumbo, y que hoy, ya casi presintiendo que más está para la otra que para ésta, esta conciencia en cada monólogo, observamos, siente la necesidad de decir su verdad, contar su real historia, sin pelos en la lengua, con cachondeo y todo, como en la mejor jarana de rompe y raja.

Resultando así cada monólogo la conciencia y la voz sabia de alguien, quien se las supo todas, generalmente de un anciano que cuando joven, recorrió, peleó, amó y se arrastró por el mundo, para ahora, antes de partir, dejar como una festiva herencia —ya que no dinero ni casa, ni un par de zapatos buenos— dejar su testimonio hecho de filosofía viva, experiencia lograda de las derrotas y efímeros triunfos, reflexiones enjundiosas que valdrían acaso más que el dinero, lecciones de las que aprovechará el lector para, con toda seguridad, aprender más de la vida y para conducirse mejor en ella. Y de esto que ni duda quepa, porque al concluir la lectura de estos 13 relatos, en verdad nos deja la sensación, de que los monólogos no son sino la confesión del mismo diablo hecho criollo jaranero, zambo de pura sepa, inventor de todas las mataperradas y jergas. Y que por lo tanto,

ante tan ricas experiencias, efectivamente, bien le cae a pelo ese dicho popular: siempre más sabrá el diablo por viejo que por diablo.

Pruebas de canto, un relato ejemplar que compendia lo dicho es "Consejos para tomarse un vitito", donde la voz de la conciencia que nos refiere su propio acontecer, nos vierte su infinita sabiduría en lo que yo llamaría el "arte de beber vinos". Aquí, este bebedor, real y convincente, se las sabe todas, pues lo que expone y argumenta en su conocimiento de los vinos es admirable y, en verdad, deslumbrante, quedándonos la impresión de que nadie, ningún jaranero, ningún viejo guitarrista y chupavinos, sabe más ni tiene más experiencia. He aquí unas breves pinceladas:

"Tomarse una copa de vino no es cualquier cosa, amigo, es como revivir la esperanza, como llenar las rosas o alegrías el destino, como perdonarle a la tristeza, la agüita mansa de su emputecido corazón." (p.59)

"Señor, si desea buen vino, baile primero" (p.61)

"No hay buena mesa sin un buen vino" (p.61)

"Si usted está comiendo carne o ave jugosa (aunque sea cerdo o palomita cajamarquina) un vino excelente es un rojo fresco, tipo "Brujerías no", no, brujerías no", y no un rojo seco, porque éste, segurito, seguro, le malogrará el paladar, su velito de asma bronquial, esa que lo despierta y lo hace gruñir a las tres de la mañana como tren de sierra de tercera, especialmente cuando su esposa barre la casa. Pero si el plato es pescado, ni hablar, vino blanco seco es la muerte, la estocadita precisa del trago". (pp.62) [Cronwell Jara]

universitaria de arte y literatura que dirige el escritor Jorge Flores Aybar. Es el segundo número y corresponde a noviembre de 1999. Esta excelente edición está dedicada a la narrativa puneña: Juan Alberto Osorio ofrece una antología del cuento, Jorge Flores Aybar propone una nueva periodización de la literatura en los Andes, Marcelo Arduz se ocupa de *El pez de oro*, Luis Gallegos de *Rosa Cuchillo* y Virginia Medina Rivera trata de "La mujer en la literatura puneña del siglo XX"

La sección poética comprende textos de Aurelio Martínez, Alberto Valcárcel, Omar Aramayo, Boris Espezuza, Gloria Mendoza y Virginia Medida. Trae además una amplia reseña de los últimos libros publicados. Dorian Espezuza se ocupa de *Padre Sol*, el poemario más reciente de Efraín Miranda.

Apumarka es una buena revista que nos da una visión crítica y antológica de la producción literaria del Altiplano. Esperamos recibir pronto el siguiente número.

CIUDAD LETRADA

Revista mensual de arte y literatura

Huancayo, 1º de junio de 2001, 008

DIRECTOR

Manuel J. Baquerizo

EDITOR

Abel A. Montes de Oca P.

ARTE Y DISEÑO

Carlos Ortiz Gaspar

COLABORADORES

Flor de María Ayala

Sandro Bossio

Ana Espejo

Nicolás Matayoshi

Carolina Ocampo

Ricardo Soto

Zein Zorrilla

María Teresa Zúñiga

AUSPICIA

Centro de Capacitación

«J.M. Arguediano»

CORRESPONDENCIA

ccjmahyo@qnet.com.pe

IMPRESIÓN

Editorial EDIMUL S.A.

Jr. Moquegua, N° 286, Tel. 211299

Huancayo - Perú

De los autores

LUIS NIETO DEGREGORI (Cuzco, 1955). Próximamente publicará la novela *Adiós, Cuzco, adiós*, de la cual dimos un adelanto. Ver núm. 6 de esta revista.

ZEIN ZORRILLA (Huancavelica, 1951). Está por publicar la novela *Carretera a Ingaluasi*. Ver el núm. 1º de esta revista, donde aparecieron los primeros capítulos.

SANDRO BOSSIO (Huancayo, 1970). Ver números anteriores.

JAIIME URCO (Jauja, 1952). Estudió literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Con Mito Tumi y Marcela Garay dirigió la revista *Trobar clus* (1981). Publicó los libros de poesía: *Sivando una canción feliz* (1985), y *Retrato en blanco y negro* (1986). En 1994 se hizo acreedor al Primer Premio, en el concurso convocado por la Asociación Peruano Japonesa, con el poemario *Poca luz en el bar* (1996). Participará en el "Coloquio sobre la poesía peruana actual" con la ponencia: "Iceberg: una utopía del lenguaje poético". En la presente edición, damos un adelanto de su próximo libro en preparación.

HOUDINE GUERRERO (Talara, 1965). Ver número anterior.

ENRIQUE CHAVEZ MATOS (Huánuco, 1973). Psicólogo egresado de la Universidad Nacional Hermilio Valdizán. Ofrecemos aquí un cuento de su próximo libro *Tiempos violentos*.

ABRAHAM VALDELOMAR (Ica, 1888-1919). Petropereño acaba de editar las *Obras completas* del autor, en cuatro tomos, recopilación hecha por Ricardo Silva Santisteban. Lo que parecía haber sido la edición definitiva, no lo es, como lo muestra Jesús Cabel, con el envío del texto que publicamos, descubierto por el historiador iqueño Alberto Casavilca Curaca.

GLORIA MENDOZA (Juliaca, 1948). Pasó su infancia y adolescencia en Huancané. Ha publicado *Los grillos tomaron tu cumbre* (1971), *Wilayta* (1972) y *La danza de las blasas* (1998). Próximamente, editará *Dulce naranja dulce luna*.

REVISTAS

Hueso Húmero

Dos excelentes ediciones, correspondientes al segundo semestre del año 2000. El número 36 publica un interesante ensayo sobre "La formación del mestizaje musical" de José Quesada, y otro de Ricardo Wiese sobre "Arte y cambio social. Un testimonio". En literatura ofrece poemas de Américo Ferrari, José López Luján, Camilo Torres y Xavier Abril, capítulos de una próxima novela de Gregorio Martínez y otros textos más.

El número 37 publica un capítulo de la tesis de doctorado de Mirko Lauer sobre "La poesía vanguardista peruana 1916-1930", "La identidad de la nueva dramaturgia peruana" de Roberto Ángeles, "Notas para una lectura dramática de *Historia de un cobarde japonés*" de Gino Luque. Trae igualmente poemas de Julio Ortega, Mario Montalbetti, José Alberto Portugal y José Luis Montoya y prosas de Fernando Iwasaki Cauti, Eduardo González Viana y Camilo Torres y las secciones habituales: En la más médula. Vuelta a la otra margen y libros.

Arte-Idea

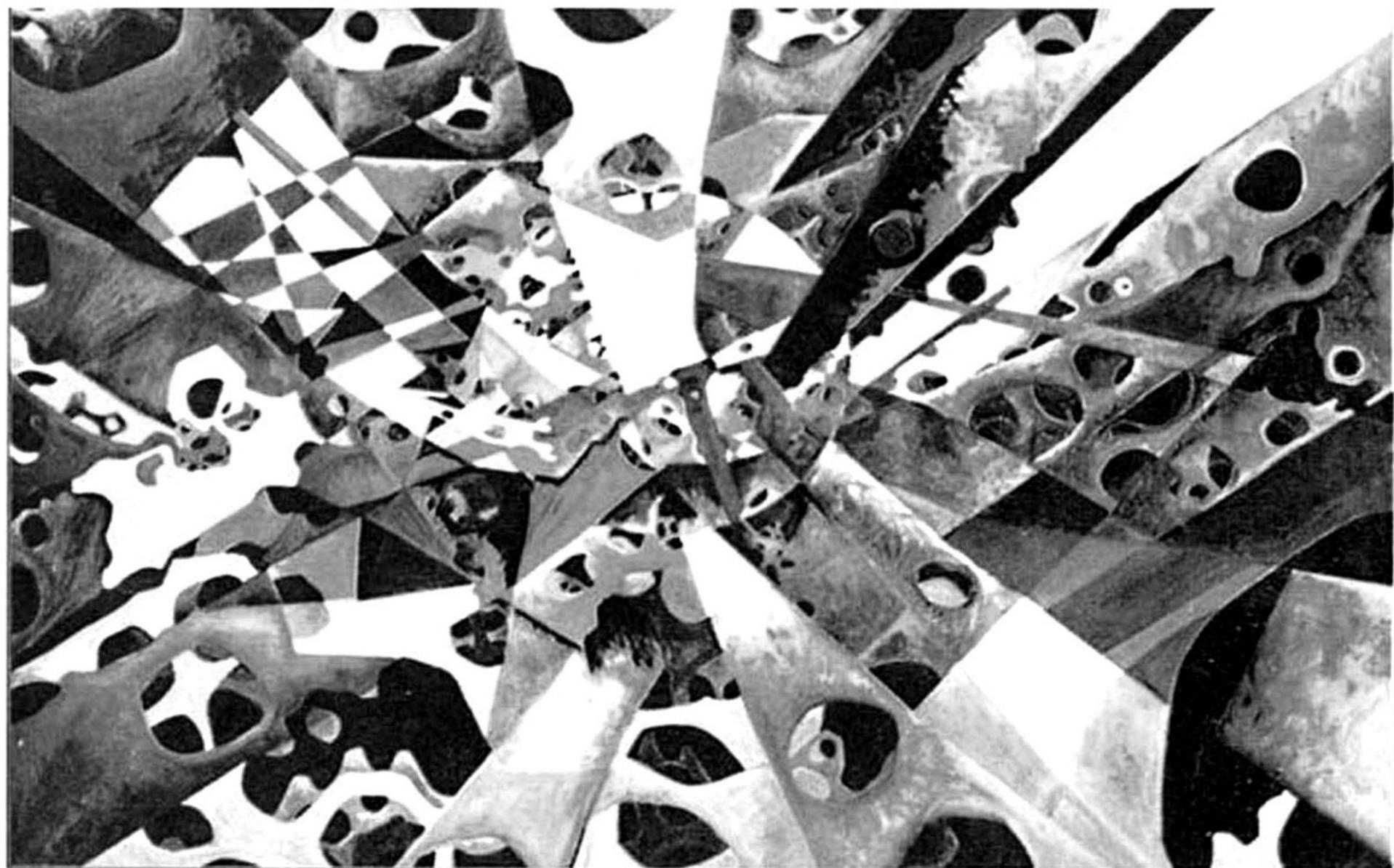
El número 4 de *Arte idea*, correspondiente al verano de este año, está dedicado a Huancayo: publica un cuento ("Sedas de medianoche") y un ensayo ("Bayly y la obsesión por la recurrencia") de Sandro Bossio, un artículo sobre Rosina Valcárcel de Manuel J. Baquerizo y un reportaje a María Teresa Zúñiga a cargo de Ricardo Virhuez.

Luego, viene un artículo polémico de Julio Nelson sobre *La fiesta del chivo*, una amplia antología de la poesía cubana reciente, dos artículos sobre la poesía de Doris Moromiso de Rocío Castro Morgado y Yolanda Westphalen, más la acostumbrada sección bibliográfica.

Arte-idea es una de las pocas revistas limeñas que viene abriendo sus páginas a los escritores de provincias y que mantiene un punto de vista divergente y cuestionador.

Apumarka

Desde Puno nos llega, un poco tardíamente, *Apumarka*, revista



«Apocalipsis», óleo, 2.00 x 1.50 cm.

El simbolismo de Aldo Bonilla

Manuel J. Baquerizo

Aldo Bonilla (Huancayo, 1956) proviene de una larga familia de artistas plásticos de la región de la que forma parte Ernesto Bonilla del Valle y Hugo Orellana Bonilla. Hizo estudios en la Facultad de Arte de la Pontificia Universidad Católica del Perú. Participó en exposiciones colectivas de pintura y escultura, en la misma Facultad donde estudió (1986-1992), en la UNIFE (1992), en la UNCP (1996) y en la Casa de la Cultura de la Municipalidad de El Tambo (Huancayo, 1996). Y tiene en su haber, hasta la fecha, dos muestras individuales: en el Café Che Viena (Huancayo, 1996) y en el Centro Cultural Ricardo Palma de la Municipalidad de Miraflores (1998). En el Salón Regional de Ayacucho (1998) obtuvo la Primera Mención Honrosa¹.

A diferencia de muchos artistas que emigraron a Europa o se quedaron en la Capital, Aldo Bonilla prefirió reincorporarse al mundo cultural de la provincia, para instalar aquí su taller y realizar aquí su trabajo creador. Sin perder de vista, naturalmente, el horizonte de la universalidad.

Las artes plásticas en el valle del Mantaro tienen grandes exponentes. Aquí florecieron pintores notables como Wenceslao Hinostroza y Guillermo Guzmán Manzaneda y escultores como Ismael Pozo y Carlos Galarza, en su mayoría afiliados a las corrientes indigenista y neo-indigenista. Después de los años '60, abrieron nuevos caminos Hugo Orellana, Carlos Pomalaza, Margarita Caballero y Raúl Rutti.

Aldo Bonilla, a su vez, trae otros elementos de confrontación estética. Con rigurosa preparación académica y con enfoques más acordes con las tendencias universales del arte, Bonilla viene a renovar el panorama cultural de la región, signado hasta hace poco por la estampa costumbrista, el paisajismo y el realismo anodino.

Las pinturas de Bonilla constituyen una



«Torre torre», detalle.

reconciliación paradójica entre abstracción y figuración y entre sentimiento y racionalidad, con un incoercible propensión hacia la alegoría y el simbolismo. Bonilla suele indagar en la historia ("Tres tristes incas"), auscultar en los misterios de la religión ("Dios de la brisa del río") y plantearse problemas de reflexión ética ("Apocalipsis"). Esto puede advertirse en ese lienzo donde un rey, situado al centro de sus extensos dominios territoriales, sueña o medita tal vez sobre la fugacidad del poder; en ese tríptico que simboliza la Trinidad, con alusiones nativas y colores intensos ("Trinidad"); o en aquel otro lienzo, donde se observa a un grupo de personas reunidas en torno a la mesa de un bar o taberna que parece representar el drama y comedia de la vida ("El baile de las jarjareas"). Su enfoque es irónico, burlón y carnavalesco.

Desde el punto de vista formal, es una pintura que se configura mediante planos geométricos, volúmenes y contrastes de espacios y superficies. Los colores de los óleos son generalmente encendidos, fuertes y grávidos -colores de fiesta, alegres y domingueros-, tomados visiblemente del paisaje serrano; y en algunos momentos, fríos y neutros. La geografía del valle del Mantaro le da un toque regional y andino, tal vez no deliberado ni consciente.

Paralelamente, trabaja en cerámica y escultura. Sus esculturas son de factura constructivista, trabajadas en madera y metal, en las que combina la tradición artesanal con las técnicas abstractas modernas. En "Dios atrapado" y en "Dioses materialistas" utiliza la técnica mixta. Es una obra que está ciertamente en su inicio, pero que ya denota las potencialidades creativas de su autor.

¹ Cf. Manuel J. Baquerizo, "Solidad Sánchez y Aldo Bonilla, nuevos creadores plásticos", *Sociedad de El Comercio*, Huancayo, 26 jul. 1998. M.J.B. "Aldo Bonilla", en *Salones Regionales*, Municipalidad Metropolitana de Lima - T.I.E., 2000. Lima, 1998, pp. 43-41.